

***QUIEN NO CAE  
NO SE LEVANTA***

**Tirso de Molina**

**Freeditorial** 

*PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:*

- **CLEANDRO, viejo**
- **LEONELA, criada**
- **LELIO, galán**
- **MARGARITA**
- **VALERIO**
- **ALBERTO, lacayo**
- **BRITÓN, lacayo**
- **LISARDA**
- **CELIO**
- **LUDOVICO**
- **ANDRONIO**
- **ROSELIO**
- **PINARDO**
- **PINABEL**
- **FELICIO**
- **Un ÁNGEL**

## ACTO PRIMERO

*Salen CLEANDRO, de camino, MARGARITA y LEONELA*

CLEANDRO: No hay mucho desde aquí a Sena.

Laurencia tu tía, está  
a la muerte, el verme allá  
tiene de aliviar su pena.  
Mi hermana es y hermana buena.  
Sola ella pudiera ser  
ocasión, hija, de hacer,  
aunque corto, este camino,  
que no es poco desatino  
dejar sola una mujer

moza y doncella en tu edad,  
donde el vicio y la insolencia  
habitan, porque Florencia  
no tiene otra vecindad.  
Parentesco y voluntad  
me obligan; pero el temor  
de tu edad y de mi honor,  
viendo el peligro en que estás,  
vuelven los pasos atrás  
que da adelante mi amor.

Hija, si una despedida  
licencia de hablar merece,  
por ver lo que se parece  
a la muerte una partida,  
haz cuenta que de la vida  
en esta ausencia me alejo,  
y como cansado y viejo,  
no a Sena, al sepulcro voy;  
y que en el paso en que estoy  
te encamino y aconsejo.

Sola en mi casa naciste  
de una madre a quien Florencia  
aunque muerta, reverencia;  
pero bien la conociste.

Nobleza antigua adquiriste;  
lo mejor de esta ciudad,  
honrando mi calidad,  
pariente mayor me llama,  
riqueza heredas y fama,  
discrección y autoridad.

El verte sola, y querida  
y celebrada en Florencia  
dio a tu mocedad licencia  
más suelta que recogida.  
Al fin le costó la vida  
a tu madre el conocerte  
tan libre, y por no ofenderte,  
ni con reñirte enojarte,  
quiso más por adorarte  
morirse que reprehenderte.

¿Cuántas veces te llamó  
poniendo a tu vida freno,  
y a solas, en nombre ajeno,  
tus costumbres reprendió?  
¿Cuántas veces te leyó  
sucesos con que Dios toca  
la mocedad libre y loca,  
y temiendo darte enojos  
te castigó con los ojos  
lo que no osó con la boca?

Pues yo sé vez que, enojada  
de ver tu desenvoltura,  
tu libertad y locura  
castigó en una criada;  
y tú, por esto agraviada,  
en un mes no nos hablaste  
ni a la cara nos miraste,  
hasta que vino a quebrar  
por nosotros, que a callar  
y a sufrir nos obligaste.

Todo esto causa el no haber  
más de un hijo en una casa;  
la edad vuela, el tiempo pasa;  
sólo ha de permanecer

la fama; que en la mujer  
corre peligro doblado;  
tu honra es mi espejo amado.  
Si le procuras quebrar,  
¿cómo me podré mirar  
en un espejo quebrado?

MARGARITA: Pues ¿a qué efecto es agora  
tan estudiado sermón?

¿Qué afrenta o disolución  
en mí tu linaje llora?  
¿Heme ido, como Lidora,  
con algún hombre, perdida?  
¿De qué ventana, atrevida,  
de noche escala has quitado,  
o qué persona has hallado  
tras el tapiz escondida?

¡Oh, qué pesadas vejeces!

CLEANDRO: Soy pesado y tú liviana.

No vi escala en la ventana,  
pero a ti sí, muchas veces;  
y como en ella pareces  
siempre, por más que te digo,  
tu fama ha de ser castigo  
de la licencia que toma;  
que pocas veces se asoma  
que no dé abajo consigo.

Y si a caerse comienza  
en la calle, ¿habrá quien calle?  
No, que la fama en la calle  
será fama a la vergüenza.  
El recato al gusto venza;  
no uses mal de mis regalos  
para libres hijos, malos;  
deja algún tiempo del día  
palos de la celosía  
que dan al honor de palos.

¿Qué oraciones y ejercicios  
lees? Cuando estás despacio,  
las novelas de Bocacio,  
maestrescuela de los vicios.

Tus mangas darán indicios,  
escritorio, cofre o arca  
de los papeles que marca,  
y con quien haces tu agosto  
el furioso del Ariosto  
y las obras del Petrarca.

¿Con tal compañía quieres  
que tu honor no ande en demandas?  
De los amigos con que andas  
podremos sacar quién eres.  
¿Qué gusto o provecho adquieras  
de traer las faltriqueras  
preñadas con las quimeras  
de canciones y tercetos,  
de liras y de sonetos,  
de décimas o terceras?

Anda, que ninguno aprende  
que no procure saber;  
la poesía es mercader  
que versos por honra vende.  
Es fuego sordo que enciende.  
Sus vanos terceros son  
tercetos que al torpe son  
de los sonetos que miras,  
leyendo liras deliras,  
dando a tu afrenta ocasión.

MARGARITA:     Recoletándome vas  
con industria peregrina.  
¡Ea, vuélveme capuchina,  
que así contento estarás!  
No me traigas galas más.  
Quítame el oro y la plata,  
el chapín al alpargata  
reduce, al sayal la seda,  
porque encartujada pueda  
ser a tu gusto beata.

Por onzas vienes a darme  
la libertad de la vida,  
pues aun vista tan medida  
determinas cercenarme.

¿Qué daño ha de resultarme  
de que las varas posea  
de una celosía, y vea  
por su confusa noticia?  
A ser varas de justicia,  
pudieran hacerme rea.

¿No es una jaula enredada?  
¿Aún menos quieres que sea  
que un pájaro, y que no vea  
segura de ser mirada?  
¿Qué monja hay tan encerrada  
que, ya por rejas de acero,  
ya por el rallo grosero  
o vistas a ver no venga,  
si aun no hay torno que no tenga  
su socarrón agujero?

¡O pretendes con casarme  
propagar tu sucesión,  
o huyendo la condición  
de un yerno, monja encerrarme!  
Si lo primero has de darme,  
deja que en canciones reales  
las cortesanas señales  
pueda aprender de un poeta,  
que no han de hacerme discreta  
los salmos penitenciales.

Pero debes de gustar  
que entre estameña y picote  
me entre monja, porque el dote  
temes que acá me has de dar.  
La vejez toda es ahorrar.  
Y pues ella me limita  
lo que un convento aún no quita,  
vete con Dios donde vas,  
que a la vuelta me hallarás  
recoleta o carmelita.

*Hace que se va; detiéndela LEONELA*

CLEANDRO: Hija, Margarita, espera;

Leonela, vuélvela acá,  
no te reñiré más ya.  
Que soy viejo considera.  
Prolija es la edad postrera;  
llégate acá, abrázame,  
todo es de burlas a fe;  
así probarte he querido.  
Tu virtud he conocido,  
tu recogimiento sé.

Quita el lienzo de los ojos,  
no llores lágrimas vanas,  
o en la holanda de estas canas  
deposita tus despojos.  
¿No ves que me das enojos  
cuantas veces me amenazas  
entrarte monja? Si trazas  
matarme pronto, hazlo así.  
¡Ea, por amor de mí!  
¡De mala gana me abrazas!

Pedirte quiero perdón;  
dame la mano y pondréla  
sobre la boca... Leonela,  
¿dala el mal de corazón?

LEONELA: De tu mala condición  
mil es poco que la den.

CLEANDRO: Pues ¿ríñesme tú también?

LEONELA: Si está por ti mi señora  
de esta suerte cada hora  
y la afliges, ¿no hago bien?

CLEANDRO: Buena anda toda mi casa.  
¡Oh amor de hijos imprudente!  
Quiérola excesivamente;  
no hay poner a mi amor tasa.  
Con ella mi vejez pasa  
en descanso.

MARGARITA: ¡Ay me!

CLEANDRO: ¿Volviste?

MARGARITA: No sé.

CLEANDRO: Ea, no estés triste.  
Mírame alegre, y de Sena

te prometo una cadena  
como a la que Lesbia viste;  
más si palabra me das  
que no te has de meter monja.

LEONELA: No es esta mala lisonja.

MARGARITA: Como no me digas más  
vejeces, siempre hallarás  
en mí una justa obediencia.

CLEANDRO: No oso salir de Florencia,  
porque un monasterio temo.

MARGARITA: Ya se ha acabado este extremo.

CLEANDRO: Pues júralo.

MARGARITA: En mi conciencia.

CLEANDRO: Pues con esa condición  
a verme parto a mi hermana.  
Hasta después de mañana  
orden en mi casa pon.

MARGARITA: Ni ventana ni balcón  
la calle ha de ver abierto  
hasta que vuelvas.

CLEANDRO: Bien cierto  
estoy que has de ejecutallo.  
Ea, adiós. ¡Hola el caballo!  
Amor todo es desconcierto.

*Vase*

LEONELA: Vaya con... iba a decir  
una sarta de galeotes,  
quítale al sol los capotes  
que ya te puedes reír.  
¿Saco mantos?

MARGARITA: ¿Para qué?

LEONELA: ¿No hemos de irnos a un convento?

MARGARITA: De Venus.

LEONELA: ¡Buen fingimiento,  
y de harto provecho a fe!  
No hay sino en riñendo el viejo  
decir que a enmonjarte vas.

¡Buen "cata el coco" hallado has!

MARGARITA: No medro si no me quejo.

LEONELA: No sino haceos miel. ¡Qué enfado

es un padre o madre vieja  
cuando a una hija aconseja  
sin quitársela del lado,  
que habiendo en su mocedad  
no perdonado deleite,  
conversación, gala, afeite,  
fiesta, sarao ni amistad,  
más envidiosa que honrada,  
riñe, aconseja, limita  
en la mesa, en la visita,  
y porque de desdentada  
no puede comer por vieja,  
es perro del hortelano  
que, con la col en la mano,  
ni come, ni comer deja!

MARGARITA: No esgrime con ejercicio  
quien no ha sido acuchillado,  
ni hay amigo taimado  
como el que es del mismo oficio.

Los viejos de nuestros días  
cansados e impertinentes,  
que el gusto a falta de dientes  
repasan con las encías  
papilla nos piensan dar  
a los que al mundo venimos.

LEONELA: Ésa al viejo se la dimos  
ya que no puede mascar.

Váyase el caduco al rollo;  
y pues es tu edad en flor,  
bollo de azúcar de amor,  
busca quien coma ese bollo.

Ni bien seas primavera  
que toda en flores se va,  
ni bien estío, que está  
abrasado dentro y fuera.

Entre abril y julio hay mayo  
y junio, que dan tributo

parte en flor y parte en fruto,  
en lo que has de hacerte ensayo.

¿Entiéndesme lo que digo?

MARGARITA: Anda, necia, que ya sé  
que me aconsejas que dé  
un medio al gusto que sigo.

LEONELA: No como el abril en flores  
pases el tiempo inconstante.

"Daca el guante, toma el guante"

papeles, cintas, colores;

que hay mujer que el tiempo  
pasa en aquestas chucherías,  
y al cabo de muchos días  
que a fuego lento se abrasa,

cuando echa mano a la presa  
que de sustancia ha de ser,  
no se la dejan comer,  
porque levantan la mesa.

Buena es cuando alguno brinda  
la guinda antes de la polla  
y el melón entre la olla,  
mas no ha de ser todo guinda;

ni todo también pechuga,  
sino, como el hortelano,  
vaya poniendo la mano  
entre col y col lechuga.

Gasta tus años de modo  
que, sin perdonar manjar,  
puedas después afirmar  
que sabes comer de todo.

MARGARITA: Maestra estás. Pon escuela.

LEONELA: Dime en los estudios prisa.

MARGARITA: Aunque me has causado risa,  
te pienso seguir, Leonela.

Pero escucha: ¿Qué es aquello?

LEONELA: Callejeros mercaderes.

*ALBERTO, de dentro, y luego sale con una caja llena  
de buhonería*

ALBERTO:     ¿Compran peines, alfileres,  
trenzaderas de cabello,  
papeles de carmesí;  
orejeras, gargantillas,  
pebetes finos, pastillas,  
estoraraque, menjuí,  
polvos para blanquear dientes  
caraña, copay, anine,  
pasta, aceite de canine,  
abanillos, mondadientes.

Sangre de drago en palillos,  
dijes de alquimia y acero,  
quinta esencia de romero,  
jabón de manos, sebillos,  
franjas de oro milanés,  
agua fuerte, adobo en masa  
de manos. ¡Cristo sea en casa!  
¿Quién llamaba aquí al francés?

LEONELA:     Aquí, nadie.

ALBERTO:     ¿Es menester  
poner postizo algún diente?  
Haréle naturalmente,  
sin que al dormir o al comer  
sea menester quitarle  
ni haya quien la falta vea  
por más curioso que sea,  
aunque se llegue a mirarle.

MARGARITA:    Gracias a Dios y al cuidado  
buena dentadura tengo.

### *A LEONELA*

ALBERTO:     Señora hermosa, no vengo  
en balde. ¿Cómo ha dejado  
criar ahí tanta toba?  
¡Jesús, qué pérdida está  
la dentadura!

LEONELA:     Será

porque soy tan grande boba  
que nunca cuido de mí.

ALBERTO: Mas ¿por qué come a menudo  
confitura del desnudo?

LEONELA: Si es del amor, así, así.

ALBERTO: Pues verá en distancia poca  
cuál la dejo; asíéntese,  
la toba la quitaré.

LEONELA: ¡Ay, Jesús! ¿Hierro en mi boca?  
Váyase con Dios, hermano.  
Quitese allá.

ALBERTO: Pues ¿rehusa  
lo que la importa y no excusa,  
el remedio de mi mano?

Si quiere no desdentarse,  
aqueste polvillo tome,  
que la toba limpia y come  
los dientes; ha de estregarse  
al levantarse muy bien  
enjugándose con vino  
y con un paño de lino  
hasta que enjutos estén;  
que, como tenga cuidado,  
brevemente encarnarán  
y de marfil quedarán.

LEONELA: ¿Cuánto vale?

ALBERTO: Un ducado;  
pero sírvase con ellos,  
no riñamos por el precio.

LEONELA: No es el merecero necio.

ALBERTO: Para enrubiar los cabellos  
tengo una raíz famosa.

MARGARITA: Fuéme el cielo tan propicio  
que sin buscar artificio  
los tengo cual veis.

ALBERTO: Hermosa  
sois, señora, por el cabo.

MARGARITA: ¿Trae cintas de resplandor?

ALBERTO: Y son la cosa mejor  
de Italia. No las alabo

por mías; este papel

*Dale un papel con unas cintas*

si es verdad o no dirá,  
que lleno de ellas está.  
Escoged, señora, en él...

Mas, ¡cuerpo de Dios!

MARGARITA: ¿Qué es esto?

ALBERTO: Quedóseme en la posada  
la bolsa, y no está cerrada  
la caja donde la he puesto;  
en ella mi caudal tengo;  
el diablo por Dios sería  
que me la dejasen fría.  
Esperen, que luego vengo.

*Vase*

MARGARITA: Confianza hizo de mí  
el mercero alborotado,  
pues el papel me ha dejado  
yéndose, Leonela, así.

LEONELA: Tal prisa le da el dinero.

MARGARITA: Líbrele Dios de un ladrón.

LEONELA: Veámos que tales son,  
que hurtarle unas varas quiero.  
¿Qué miras?

MARGARITA: Letra gallarda,  
un sobre escrito que está  
en el papel.

LEONELA: Veamos ya  
estos listones.

MARGARITA: Aguarda.  
"A Margarita de Ursino."

LEONELA: ¿A quién?

MARGARITA: ¿No escuchas mi nombre?

LEONELA: Aquí hay maula, no era el hombre

mercero que a vender vino,  
sino un gentil alcahuete.

MARGARITA: Casarte puedes con él.

LEONELA: ¿Qué aguardas? Mira el papel  
que grandes cosas promete.

Con cintas en vez de tinta  
le escriben, señal será  
que quien con cintas le da  
te desea ver en cinta.

MARGARITA: "Valerio" dice la firma.

LEONELA: Si es suyo, bien recibido  
será.

MARGARITA: Muy bien le he querido.

LEONELA: Así Florencia lo afirma  
pues has llegado a dar nota  
con él de no recatada.

MARGARITA: Este negro ser honrada  
mil buenos ratos agota.

Mi padre tuvo noticia  
de no sé qué y se ausentó  
Valerio, porque temió  
el rigor de la justicia.

LEONELA: Mírale. ¡Que tengas flema  
para no verle!

MARGARITA: ¡Ay! ¡Cuál viene  
el pobre, tal fuego tiene,  
que hasta la mano me quema!

LEONELA: Mas ¿Qué? ¿No viene en poesía?

MARGARITA: ¿En qué lo echaste de ver?

LEONELA: En que es papel mercader  
pues cintas de oro te envía;

y el poeta, cuyo nombre  
por ser el principio en Pó  
de la pobreza heredó.

Por más que escriba, no es hombre  
que da de contado así;

porque son tan buenas lanzas  
que pagan siempre en libranzas  
al Sol, Luna y Potosí.

"Tus cabellos son del Sol,

tus dientes perlas de oriente,  
tus pechos plata luciente,  
tus mejillas arrebol.

Del alba rubíes tu boca,  
tus ojos no son distintos  
de esmeraldas y jacintos,  
en cristal tu frente toca."

Y creo que los planetas,  
según están de corridos,  
deben de andar escondidos  
de estos diablos de poetas;  
pues si en ello se repara  
deben de pensar que son  
de casta de bofetón  
que los traen de cara en cara.

MARGARITA: Mal dices de la poesía.

LEONELA: Yo coplas no puedo verlas,  
que, según tratan en perlas,  
nos han de dar perlesía.

Un rústico oyó unos versos  
en que un poeta alababa  
la corte donde habitaba,  
y entre atributos diversos  
que daba a sus damas era  
decir que cuantas vivían  
en ella, perlas tenían  
por dientes. Y de manera  
se le encajó ser verdad  
que dejando casa e hijos  
malbarató unos cortijos  
y parte de una heredad;  
y creyendo estas novelas  
dijo que iba, a su mujer,  
a la corte a enriquecer  
siendo en ella sacamuelas.

Porque si en doliendo un diente  
y en sacándolo era perla  
no era difícil de haberla  
una baíca de oriente.

Pues llenando una tinaja

de dientes, perlas, podía,  
vendiéndolas en Turquía,  
tener más oro que paja.

Dió en esto, y en lances pocos  
tan rematado quedó,  
que el poeta le llevó  
a la casa de los locos.

MARGARITA: Tú puedes irte con él.

LEONELA: Duendes y poetas son  
unos humo, otros carbón.

MARGARITA: Ahora bien, va de papel.

### *Lee*

*"Temores, más de la justicia que de tu  
padre, me ausentaron de Florencia, y  
deseos de tu vista me han traído esta  
noche escondido a gozarla. Obligaciones  
me tienes y te tengo más de marido que  
de pretendiente; si gusta llévalas  
adelante, pues tu padre, según he sabido,  
está en Sena. Al anochecer irán por ti  
los negros con una silla, que no oso  
entrar en tu casa, porque desde la noche  
que me halló tu padre, la tengo por agüero.  
No lo seas tú de mi amor, sino fíate de  
los que te han de traer, hasta que Dios  
quiera que, muerto el viejo, vivamos los  
dos juntos. Él te aguarde. Valerio Nigro."*

LEONELA: Como marido dispone;  
parece señor de casa.

MARGARITA: Quiérole bien y no pasa  
las leyes que amor propone.

Tomó quieta posesión  
de lo más, ¿qué mucho, pues,  
que de lo que menos es  
se la dé mi inclinación?

LEONELA: ¿Piénsaste casar con él,

muerto el viejo?

MARGARITA: Bien le quiero;

mas que es también considero  
determinación crüel

ser su esposa, porque están  
en estado arrepentido  
cuantas han hecho marido  
del que antes fue su galán,  
y recélome, en efecto,  
que el galán cuando se casa,  
como sabe ya la casa,  
entra perdiendo el respeto.

No porque Valerio ame  
pienso consentirme asar,  
en todo quiero picar.

LEONELA: El buey suelto bien se lame...

MARGARITA: Papel y tinta hay aquí.

LEONELA: ¿Sabes tú si volverá  
el francés fingido acá?

MARGARITA: Paréceme a mí que sí.

LEONELA: No pide el papel respuesta,  
que tú sola lo has de ser,  
si viene al anochecer  
la silla.

MARGARITA: Poco me cuesta,  
por si vuelve o no, escribir  
dos renglones.

LEONELA: El mercero  
es un gentil embustero;  
a fe que le he de pedir  
si vuelve, pues que me quedo  
de noche en casa y solita,  
que entre a ver cómo me quita  
la toba, y con ella el miedo.

### *Suenan pretales*

MARGARITA: Esto basta. ¿Qué es aquello?

LEONELA: Carrera a fe de cristiana.

MARGARITA: No perderé la ventana  
aunque estuviese en cabello,  
que me muero si en la calle  
suenan pretales.

LEONELA: ¿Y aquí  
te dejas el papel?

MARGARITA: Sí;  
luego volveré a cerralle.

*Vanse. Sale CLEANDRO de camino*

CLEANDRO: Dos veces he salido de Florencia,  
y el recelo, otras tantas adivino,  
volviendo las espaldas al camino,  
no me consiente hacer de casa ausencia.

Venció al fraterno amor la diligencia  
del honor que amenaza un desatino,  
que al fin su parentesco es más vecino,  
aunque su hermano soy, cual de Laurencia.

Si ella a la muerte el túmulo previene,  
y a la muerte mi honra en casa espera,  
fuerza es mirar por lo que más conviene.

Menos me importa que Laurencia muera;  
que quien enfermos en su casa tiene  
no hay para qué visite a los de fuera.

La puerta falsa hallé abierta,  
que mi sospecha encamina,  
y temo que salga cierta,  
que no vuelve la honra fina  
que sale por falsa puerta.

Nadie acá abajo ha quedado  
haciendo tanto calor.

La sala baja han dejado;  
pero como es fuego amor  
busca su esfera elevado.

¿Mas qué están a la ventana?  
¿Qué importa cerrar la puerta,  
si la deshonra liviana

trae alas y la hallé abierta  
tan alta como profana?

*Suena de dentro carrera*

¿Carrera hay? No fue quimera  
mi sospecha apercebida.  
¡Ah mocedad altanera!  
Mas ¿qué ha de salir corrida  
mi honra de esta carrera?

Un papel hay aquí escrito,  
letra de Margarita es;  
..... [ -ito]  
si es sentencia que después  
eche a mi honra un sambenito...

No es prudente padre aquel  
que su hija enseña a que escriba,  
porque en la tinta y papel  
conserva la ocasión viva  
que se muriera sin él.

Bien puede un padre excusar,  
si quiere vivir alerta,  
la vieja que entra a terciar,  
tener cerrada la puerta  
y las ventanas clavar.

Pero, cuando escribir sabe,  
en vano guarda a su hija,  
por más que eche reja o llave,  
que, en fin, ¿por qué rendija  
un papel sutil no cabe?

Estos argumentos son  
contra mí, pues que procura  
más que mi honra mi aflicción.  
Quiero verle, a buen seguro  
que no es de mi devoción.

*Lee*

*"No quiero multiplicar palabras donde  
tan presto se han de ver las obras.  
La silla espero, y supuesto que ya  
anochece, pudiera haber venido. Guárdete  
el cielo y detenga allá al viejo todo  
lo que durare el quererme. Tu bien, etc."*

Buena ausencia quise hacer;  
no hay de mi honor que presuma  
que seguro está en poder  
de un papel y de una pluma  
en manos de una mujer.

Dejad, Amor liberal,  
que el castigo que ejecuto  
sea a tanta ofensa igual,  
que no es árbol que da fruto  
la mujer si no es formal.

Ea, remisa aflicción,  
aplicad medios crueles  
al honor, que no es razón  
que por Florencia en papeles  
ande mi honra en opinión.

No sé a quién esto se escribe;  
la silla quiero aguardar  
que mi deshonra apercibe  
y en ella la muerte dar  
a quien en mi agravio vive;

que en silla vengarme intento  
de quien en ella mancilla  
mi honor, pues es argumento,  
que quien da a mi agravio silla  
me quiere afrentar de asiento.

*Vase. Salen LELIO y BRITÓN con baqueros de  
mojos de silla, correones y palos, tiznados como negros*

BRITÓN: Bien pudieras ya decirme  
a qué fin has hecho, Lelio,  
con los dos este guisado

de hígado, pues es negro;  
desenguinéame ya,  
que, mirándome al espejo,  
temor tuve de mi mismo  
según estoy sucio y feo.  
Si fueran Carnestolendas,  
cuando destierran el seso  
de Florencia, no era malo  
el disfraz, puesto que puerco.  
¿Qué niñas a espantar vamos,  
o para qué nacimiento  
hacemos la Epifanía  
que al rey tizne represento?  
O declárate, o me lavo;  
que--¡vive Cristo!--que temo  
que me he de quedar así  
*per omnia secula.*

LELIO:                                Necio:  
¿mondo yo nísperos? Calla,  
y ven conmigo.

BRITÓN:                                No quiero,  
ni he de quitarme de aquí  
si no me dices primero  
dónde vamos y a qué causa.

LELIO:                                ¿Estás borracho?

BRITÓN:                                Estoy hecho  
el propio un galán de *requiem*,  
no falta más que el entierro.

LELIO:                                Calla, y sígueme.

BRITÓN:                                Es en vano.  
Yo he dado por hoy en esto.  
¡Vive Dios! Si no te explicas,  
que me has de ver estafermo.

LELIO:                                ¡Válgate el diablo por loco!

BRITÓN:                                ¡Válgate el diablo por cuerdo!

LELIO:                                Ven, sabráslo de camino.

BRITÓN:                                No, hay que hablar; aquí me asiento,  
o sacando agua de un pozo  
me quito todo el unguento  
de esta carátula sucia,

que a grajos y pringue huelo.

LELIO: Sabrás, pues, ya que porfías...

BRITÓN: Eso vaya.

LELIO: ...que Valerio  
quiere a Margarita bien.

BRITÓN: Dime otra cosa de nuevo,  
que esa ya sé que la tiene  
más ha de un año en destierro.

LELIO: Gozóla a lo que se dice.

BRITÓN: Y diráse lo que es cierto,  
que en un año de afición  
ni ella es manca ni él es lerdo.

LELIO: El temor de sus parientes,  
solicitados del viejo,  
la hacen vivir con recato,  
hasta que la muerte y tiempo,  
que vencen dificultades,  
al yugo del casamiento  
los iguale.

BRITÓN: Dices bien;  
que es más ella y él es menos.

LELIO: Esta tarde, pues, se fue  
Cleandro a Sena, sabiendo  
que está a la muerte su hermana.  
Supo su ausencia Valerio,  
y, fiándose de mí,  
vino a Florencia encubierto  
a verse con Margarita...

BRITÓN: Diligente caballero.

LELIO: Para que esta noche vaya  
a mi casa, donde ha puesto  
el tesoro de sus gustos  
y han de gozarse en secreto.  
Pidió a Grimaldo prestada  
la silla con los dos negros  
dueños de aquestos vestidos.

BRITÓN: Muy bien huelen a sus dueños.

LELIO: Yo, que como soy de carne  
y no de mucha edad, tengo  
mis tentaciones humanas,

ha más de un mes que deseo  
ser de aquesta Melisendra  
por una noche Gaiferos,  
y aun se lo he dado a entender.

BRITÓN: ¿Mas que respondió *no cheo*?

LELIO: "¡Zape!" dijo con la boca  
y "miz" con los ojos.

BRITÓN: Bueno.

Ahí un no es medio sí.  
Milagros son de estos tiempos.

LELIO: No imagino si se ve  
en la ocasión, como ordeno,  
que se hará de pencas mucho,  
aunque es muy ilustre.

BRITÓN: Credo;  
que es viña, en fin, vendimiada  
y da a todo pasajero  
un grumo, y más de racimo  
que se queda siempre entero.

LELIO: Pues porque por diligencia  
no quede, esta noche intento  
hurtarle esta Margarita.

BRITÓN: Si te la cuelgas al cuello  
no será malo el joyel.  
Envidia, por Dios, te tengo;  
que, como voy ya calando,  
no hay amante sin ingenio.

LELIO: Como supe que pidió  
a Grimaldo silla y negros,  
llamélos aquesta tarde  
y dentro de un aposento  
sus zaques llené de vino.

BRITÓN: ¿Desnudáste los?

LELIO: Dejé los  
en carnes.

BRITÓN: Muy bien guardaste  
tu vino, pues queda en cueros.

LELIO: Cerré los después con llave,  
encomendé los al sueño,  
y machacando carbón,

con él y claras de huevos,  
he compuesto este betún  
con que los dos parecemos  
infantes de Monicongo;  
y fiado del silencio  
de la noche, en el zaguán  
de mi dama a punto tengo  
la silla en que a Margarita  
llevemos los dos.

BRITÓN:                   Apelo.  
Aún si me cupiera parte,  
vaya; mas ¿no es caso recio  
que la lleve yo ensillada  
y tú la goces en pelo?  
Pero, dejando las burlas,  
si viene por ella Alberto,  
criado de su galán,  
y has de ir en su seguimiento  
hecho ganapán de silla,  
¿cómo ha de tener efecto  
tu mal digerida traza?

LELIO:       Una riña fingiremos  
con él; y con los correones  
de suerte le apartaremos  
de nosotros en la calle  
que huya como liebre o ciervo.

BRITÓN:       ¿Y dónde piensas llevarla?

LELIO:       ¿Eso preguntas? ¿No tengo  
en Florencia otras dos casas,  
una de la otra lejos?

BRITÓN:       Alto, la maula está hecha.  
¡Vive Dios que eres discreto!  
El ingenio te ha aguzado  
la muela de algún barbero.  
Mas ¿no es éste Alberto?

LELIO:       El mismo.

BRITÓN:                   Ya enguinéate  
.....y hablemos  
a lo de zape y Angola.

*Sale ALBERTO*

ALBERTO: ¿En qué diablos andáis, perros,  
que en todo hoy no os he topado?

BRITÓN: Habra bien, sino que temo  
que *turu ru* palo encaje  
en cabeza y sacan seso.

ALBERTO: ¿Qué es de la silla?

LELIO: Ésa acá.

ALBERTO: ¿Acá está ya?

LELIO: Acá traemo,  
porque ruega así tu amo.

ALBERTO: ¿Pues cuándo le hablastes?

BRITÓN: Ruego.

ALBERTO: ¿Y os mandó aguardarme aquí?

BRITÓN: Sí, y sanca de frantiquero  
ocho reale para vina,  
que esa nobre cagayero.

ALBERTO: Alto; viendo mi tardanza,  
dándole prisa el deseo,  
los debió de enviar aquí.  
Aguardadme en este puesto,  
iré a avisar a la dama  
que habéis de llevar.

BRITÓN: Queremo,  
haga Valerio co era  
quaquala.

*Vase ALBERTO*

LELIO: Primo, callemo.

Famosamente se traza.

BRITÓN: Bueno se le va poniendo  
el ojo al haca.

LELIO: ¡Oh qué noche!

BRITÓN: No la dormirás al menos.

LELIO: Lindo embuste.

BRITÓN: Para ti,

que yo soy sólo el jumento  
que le hacen llevar a cuestas  
la paja, y se queda hambriento.  
A mi costa has de cenar.

LELIO: Tú buscarás tu remedio.

BRITÓN: ¿Qué he de hacer? Cuando no hallare  
cecial, cenaré abadejo.

*Sale MARGARITA con manto, LEONELA en cuerpo y  
ALBERTO. Sacan los LELIO y BRITÓN la silla*

MARGARITA: Leonela: cierra la puerta.

LEONELA: Di de mi parte a Valerio  
que si me ha de enviar barato.

ALBERTO: ¿Y la silla?

LELIO: Aquí traemo.

ALBERTO: ¿Queréis que me quede yo  
por barato en casa?

LEONELA: ¡Bueno!  
A ahorcado tal barato.

ALBERTO: Del rollo de vuestro cuello.

LEONELA: Sois grande para joyel.  
¡Oh hi de puta y qué mercero!  
Bien vendéis vuestras agujas.  
¿Entraste?

MARGARITA: Sí, cierra.

*Éntrase en la silla*

LEONELA: Cierro.

ALBERTO: ¿He de volver?

LEONELA: ¿Para qué?

ALBERTO: Para la toba.

LEONELA: No cheo.

ALBERTO: En fin, ¿no he de volver?

LEONELA: No;  
mas si volviese sea luego.

*Éntrase LEONELA*

ALBERTO: Ea, perros, por aquí.  
LELIO: Ya dije que no yamemo  
perra a nadie, que también  
hay en mundo branca perro.  
ALBERTO: Pues ¿de qué se entona el galgo?  
BRITÓN: Négoro fa cagayero  
y no hay négoro sudío;  
que come mantega y puerco.  
ALBERTO: Hablen menos y anden más,  
que ya se me va subiendo  
a las narices el humo.  
LELIO: Po lo Dioso jelalero  
que han de pagá de un beyaco  
con cozo e lale con cuero  
de buey.  
BRITÓN: Dale culubán.  
ALBERTO: ¡Ay!  
BRITÓN: ¿Quejamo?  
ALBERTO: ¡Ay, que me han muerto!  
LELIO: Síguete por que se aleje,  
que al momento volveremos  
por la silla.  
BRITÓN: Bien se traza.

*De dentro*

ALBERTO: ¡Ah perrazos!  
BRITÓN: Aguala a perro.

*Vanse. Sale CLEANDRO*

CLEANDRO: La silla que mi deshonra  
lleva he seguido encubierto  
hasta aquí, por conocer  
quién es su lascivo dueño.

Pues dándolos muerte  
juntos verá Florencia si tengo  
la sangre helada, o si hierve  
con la venganza, que es fuego.  
Pero sola se ha quedado,  
porque los mozos huyeron;  
Amor, dejadme vengar,  
pues mi enojo es cual vos, ciego.

*Abre la silla y saca a MARGARITA*

Deshonra de aquestas canas  
a quien tan mal pago das.  
Lamia torpe, ¿dónde vas?  
¿Por qué mi sangre profanas?  
Tus mocedades livianas  
castiga quien de ese talle  
quiere que en la calle te halle  
y huye tu desenvoltura,  
pues, al fin, como basura  
te han arrojado a la calle.

No por pesada te suelta  
quien a cuestras te llevaba,  
pues tu liviandad  
bastaba a dar a Italia una vuelta.  
Mas como te vio resuelta  
a ser de tu honor tirana,  
tu propio peso amilana  
sus fuerzas, porque confiesa  
que la cosa que más pesa  
es una mujer liviana.

El modo y traza condeno  
con que tu infamia procura  
dar muestras de tu locura,  
pues vas sin silla y sin freno;  
que enfrenaras fuera bueno  
la torpeza que te abrasa.  
Entra en casa, si es que pasa  
por ello y te admite en sí,

que, por echarte de sí,  
te abrió sus puertas mi casa.

*Vase MARGARITA*

Para dar al vicio entrada  
las abrió Leonela ahora,  
que siempre de la señora  
es retrato la criada.  
Sólo has tenido de honrada  
el irte sin responder,  
con que has podido vencer  
aquesta daga desnuda;  
pero ¿cuándo no fue muda  
la vergüenza en la mujer?

Gente viene. Al que me ofende  
no conozco. Hablarle intento.  
Engendrado ha atrevimiento  
el enojo que me enciende.  
Si en esta silla pretende  
deshonrarme mi enemigo,  
con ir en ella consigo  
que sea en venganza igual,  
esta silla tribunal  
de mi agravio y su castigo.

Ahora bien, aunque el temor  
tiene en la vejez su centro,  
determino entrarme dentro,  
que también sabe el honor  
disfrazarse como amor.  
Trazas tienen de ser éstas  
para mi ofensor molestas,  
pues me ha de llevar su gente  
sobre sí, cual penitente  
que lleva su cruz a cuestras.

*Éntrase CLEANDRO en la silla. Salen LELIO y  
BRITÓN*

LELIO: Bien le habemos alejado.  
BRITÓN: Cual novillo va corrido.  
LELIO: Habíase de haber ido  
la dama, que hemos tardado.  
BRITÓN: ¿Donde diablos, si ha cerrado  
su puerta? Cual plomo pesa.  
Aquí está.  
LELIO: Famosa empresa.  
BRITÓN: Como de tu ingenio fue.  
LELIO: Peldona vuesa mecé.  
Anda, plimo.  
BRITÓN: Vamo apriesa.

*Llevan la silla de un cabo a otro del tablado. Sale  
VALERIO*

VALERIO: O el esperar al que aguarda  
con sofisticos engaños  
le vende instantes por años,  
o mi Margarita tarda.  
Pero estos los negros son  
y esta la silla en que viene  
quien ha ya un año que tiene  
en mi pecho posesión.

*Requebrando al viejo*

Sol mío, ¿qué maravilla  
de noche os saca bizarro,  
y saliendo el sol en carro,  
sois vos sol y andáis en silla?  
Pero, pues dejáis el coche,  
corred cortinas también,  
porque los que en silla os ven,  
puedan ver al sol de noche.  
¿No queréis hablarme, amores,  
mi bien, mi dueño, mi vida?

Muda seréis mi homicida.  
BRITÓN: Cagayero dejan frores  
que piensan mucho mujer  
y queremos caminar.  
VALERIO: Pues por aquí habéis de echar,  
que en cas de Lelio ha de ser  
donde habéis de parar.  
LELIO: Bueno.  
Anda con Dioso, que aquí  
sabemo dó va.  
VALERIO: Qué, ¿así  
me desconocéis?  
BRITÓN: Sereno  
no conoce que está obscuro.  
VALERIO: Valerio soy.  
BRITÓN: Para eya.  
LELIO: No sa para vos donceya,  
apartamo.  
VALERIO: Perros, juro.  
BRITÓN: No yama perro, que hay palo,  
de siya y hay cureón.  
VALERIO: ¿No es linda disolución?  
LELIO: Que yeva pasa Gonzalo  
si no aparta de camino.  
VALERIO: Basta, que burlan de mí.  
O habéis de echar por aquí,  
o he de hacer un desatino.

*Echa mano y da espaldarazos*

Ea, perros, caminemos  
o moriréis a estocadas.  
LELIO: Compañeras cucharadas,  
palo de siya tenemos,  
aguarda vuesa mecé  
y veremos maravilla.

*Llégase a sacar a MARGARITA y descubre al  
viejo CLEANDRO que sale, y echa mano*

VALERIO: Amores, sal de la silla  
y a casa te llevaré.

Mas ¿qué es esto?

CLEANDRO: El desengaño  
que has de ver en mi venganza;  
la burla de tu esperanza,  
de tu atrevimiento el daño.

No es Margarita mujer  
que, deshonrando su casa,  
al deseo que te abrasa  
tiene de corresponder.

Que ella misma me avisó  
de tu intención atrevida,  
y el castigo de tu vida  
aquí dentro me metió.

La espada tienes desnuda.  
Si, como afrentas mujeres,  
tu infamia defender quieres,  
palabras en obras muda,  
que si me haces que trasnoche,  
a matarte es, enemigo.

VALERIO: No suelen reñir conmigo  
fantasmas que andan de noche.

¡Jesús, mil veces! No puedo  
creer que Cleandro seas,  
sino el diablo, que deseas  
ponerme de noche miedo.

Y no será maravilla,  
que, según el mal gobierno  
de mi vida, del infierno  
demonios traigan la silla.

¡Jesús, infinitas veces!  
¿La Margarita sois vos?  
No más, amores, por Dios.

*Vase*

CLEANDRO: ¿De un viejo huyes? Bien mereces  
nombre infame de cobarde.  
Soy pesado, no te sigo;  
mas yo te daré castigo;  
que si llega nunca es tarde.

*Vase*

BRITÓN: Burlaos con silla o con coche.  
¡Oigan cómo ha enmudecido!  
¡Gentil dama hemos traído!  
Duerme con ella una noche.

LELIO: Déjame.

BRITÓN: ¡Burla gallarda!  
Dado te han linda papilla,  
si hasta aquí trujiste silla,  
desde hoy más te pon albarda.

LELIO: ¿Hay burla mayor? Metamos  
las dos en este zaguán,  
y vámonos.

BRITÓN: Ganapán  
sin fruto.

LELIO: ¡Buenos quedamos!

BRITÓN: En blanco nos han dejado;  
mas miento, mejor diré,  
pues contigo me tizné,  
que nos dejan en tiznado.

LELIO: Llega ya, y la silla carga.

BRITÓN: Cuento hay para muchos días,  
mas buen despacho tenías  
si te echaras con la carga.

**FIN DEL PRIMER ACTO**

## ACTO SEGUNDO

*Sale LELIO quitándole a LISARDA, su esposa,  
unas joyas, y BRITÓN*

LELIO: Por vida de los dos, que no las quiero  
para jugar. Lisarda, no me enojés;  
he menester un poco de dinero,  
e importa que esas joyas te despojes  
para empeñarlas, no para venderlas.

LISARDA: En lindo tiempo, por mi fe, me coges;  
deseo debes de tener de verlas  
empleadas mejor en otro cuello  
más digno que no yo de mi oro y perlas.  
Es dama al uso, que tendrá el cabello  
negro, que ya no se usan hebras de oro,  
y si es moreno el rostro será bello.

LELIO: ¡Oh, qué pesada estás; Porque te adoro  
te atreves a enojarme.

LISARDA: ¿Es ojizarca?  
Pero ojinegra es, que no lo ignoro;  
en los tiempos del Dante y del Petrarca  
los ojos zarcos eran los mejores,  
adorados del príncipe y monarca,  
y a los negros rasgados dan favores;  
que las bellezas son como el vestido,  
que mudan con la hechura los colores.

LELIO: Quítate ya esas joyas, que he tenido  
mucho paciencia. ¡Ea!

LISARDA: ¿Qué es aquesto?  
¿Cuándo, Lelio, el respeto me has perdido?  
Dos años ha que el yugo nos ha puesto  
del conyugal amor la iglesia santa,  
tirando a su coyunda el carro honesto,  
voluntad me has mostrado siempre tanta,  
que a cuantas damas hay envidia he dado.

Pues ¿qué mudanza mi ventura espanta?

De un mes acá te veo tan trocado,  
que, si antes a las nueve te acostabas,  
volver sueles al alba disfrazado.

Apenas, Lelio, de comer acabas  
cuando, antes que levanten los manteles,  
tomas la capa que antes olvidabas.

Jugaste, y aunque pocas veces sueles  
gastar el tiempo en esto, ya has perdido  
el dinero, la plata y los doseles,

y no tan malo, si en el juego ha sido  
esta pérdida sola y no en desvelos  
que sospecho te traen desvanecido;

que el juego que hay peor es el de celos,  
pues pierden con la vida la paciencia.

LELIO: ¿Quieres, Lisarda, no llorarme duelos?

Ni el juego ni el amor me da licencia  
para quitarte joyas que no he dado,  
pues las trajo tu dote por herencia;  
salí fiador, estoy ejecutado,  
no quiero que entre en casa la justicia  
y lo sepan tu tío y mi cuñado;  
otras joyas habrá de más codicia  
que comprarte prometo. Acaba, amores.

LISARDA: Ya esa fianza vino a mi noticia,  
deuda es que tiene muchos acreedores,  
y aunque su honra es ya dita quebrada,  
se empeñan más por ella sus deudores.

No estoy, Lelio, en tu amor tan descuidada,  
que aunque callo y consiento, no trasnoche  
celosa con razón, y desvelada.

Bien piensas tú que del disfraz de anoche  
tan ignorante estoy que no he sabido  
la negra traza de la silla o coche.

Autor de este entremés debe haber sido  
aqueste bienaventurado.

BRITÓN: ¡Bueno!

Yo he de tener la culpa. Si ha perdido,

Britón le hizo perder; si del sereno  
le duele la cabeza, este bellaco

de Britón es la causa; si el moreno  
se emborracha con vino o con tabaco,  
Britón le dio a beber; si falta en casa  
alguna cosa, BRITÓNcillo es caco.

No lo puedo sufrir, de raya pasa,  
un año ha que te sirvo, hagamos cuenta,  
diez reales cada mes me das por tasa,  
aquí está el papelillo en que se asienta  
lo que recibo; débesme once reales  
menos tres cuartos, no tengo otra renta,  
páguenmelos y adiós, y sean cabales.

LELIO:           ¿Estás sin seso?

BRITÓN:           Estoy muy enojado  
y harto de llevar ya tus atabales.

A un hombre como yo bien opinado  
no es razón que le llamen alcahuete.  
¿Hanme visto llevar algún recado?  
¿Cuándo te traje yo carta o billete?  
Siempre el rosario traigo en cuello  
o mano, dentro mi faltriquera no se mete.  
..... [ -ano]  
De fray Luis, y porque veas si miento,  
estas hojas dirán si soy cristiano.

*Va a sacar un libro de la faltriquera y saca envuelta  
al rosario una baraja de naipes, que se le cae*

LISARDA:       Muy bien lo dicen, pues de ciento en ciento  
te salen a abonar descuadernadas  
como tu vida; y quién te da sustento  
de éstas y de otras cartas despachadas;  
por el infierno debes ser correo.

BRITÓN:        ¡A afrentarme salistes desolladas!  
¡Volveos al nido, que en mi muerte creo,  
que de vosotras, en lugar de tablas,  
he de hacer ataúd, según deseo  
que andéis conmigo siempre!

LELIO:           En vano entablas  
dilaciones; del cuello el oro quita,

que pierdo tiempo mientras tanto me hablas.  
Quita las perlas.

LISARDA: ¿Qué furor te incita?  
¿No están mejor al cuello de tu esposa  
que no al cuello...

LELIO: ¿De quién?

LISARDA: De Margarita?

LELIO: No digas necedades, si celosa  
estás; que es tan honrada como bella  
Margarita, y doncella generosa.

LISARDA: Será virgen y madre, si es doncella,  
que de Valerio dicen que ha parido.

LELIO: Mientes, y toma; acordarás de ella.

### *Dale un bofetón*

LISARDA: ¡Ay, cielos!

BRITÓN: Más me pesa, que has rotpido

la sarta.

LELIO: Los anillos le he quitado  
y los zarcillos.

BRITÓN: Su pirata has sido.

LELIO: Coge las perlas.

BRITÓN: ¿No me ves bajado,  
cual fraile en *Gloria patri*?

### *Sale ROSELIO*

ROSELIO: ¿Qué es aquesto?  
Lisarda, ¿de qué lloras?

LISARDA: He quebrado  
la sarta de las perlas en que he puesto  
todo m; gusto.

BRITÓN: (No hay más linda pieza **Aparte**  
que una mujer para mentir de presto.)

ROSELIO: No es esa la ocasión de tu tristeza;  
que no eres tú, sobrina, tan liviana

que por eso des muestras de tristeza.

¿Qué es eso del carrillo? Mas la grana  
en que se tiñe el daño que recelas  
y tu honrada respuesta me hizo llana.

Lelio, ¿hasla dado?

LELIO: ¿Yo?

ROSELIO: Deja cautelas.

Britón, ¿qué es esto?

BRITÓN: Es una niñería,  
un dolorcillo que le dio de muelas.

ROSELIO: ¿Calláis los dos? A la sospecha mía  
doy crédito; la cara de Lisarda  
es un papel que a mi venganza envía,  
tinta es la sangre que la letra aguarda,  
con cinco plumas la escribió el villano  
valiente con mujeres que acobarda.

LISARDA: Por mi fe que te engañas.

ROSELIO: Jura en vano,  
que ya en la plana de tu rostro veo  
el renglón riguroso de la mano.

¡Ah Lelio, Lelio! ¿Es éste el justo empleo  
que hace en ti de Lisarda que te adora?

LISARDA: No ha reñido conmigo.

ROSELIO: Ya lo veo.

LELIO: Si la he reñido, ¿qué tenemos ahora?  
Quitéla estos zarcillos y estas perlas  
que llevo, a una mujer; quiso, habladora,  
por resistirme consentir romperlas,  
y dile el bofetón que te ha ofendido;  
estas las joyas son, si quieres verlas.

ROSELIO: ¿Por qué la tratas mal?

LELIO: Soy su marido.

ROSELIO: Una vez sola pone el que es honrado  
la mano en su mujer: si infame ha sido.  
No le quites el oro que no has dado.  
Vuéveselo, o si no...

LELIO: Aparta viejo,  
si no quieres...

ROSELIO: La sangre se me ha helado;  
mas no por eso que me injurias dejo.

Has de darle las perlas.

LELIO: ¡Buen aviso!  
Pagarte a coces quiero ese consejo.

*Derríbale y dale de coces*

LISARDA: ¿A mi tío?

LELIO: Él se tiene lo que quiso.

ROSELIO: Soy tierra; en fin, atrévete a la tierra.

LELIO: Pues si eres tierra con razón te piso.

BRITÓN: Hoy reina alguna suegra, todo es guerra.

*Vanse los dos, LELIO y BRITÓN*

ROSELIO: ¿A mí en el suelo y de coces?

Lisarda, dame una espada.

LISARDA: Sosiégate, no des voces,  
que no es justo sepan nada  
los vecinos.

ROSELIO: Mal conoces  
mi condición, ¡vive el cielo!  
¿De un cobarde mal nacido?

LISARDA: Deja las leyes del duelo,  
que tú la culpa has tenido  
de que te echase en el suelo.

ROSELIO: ¿Yo la culpa en defender  
tu injuria? ¿En mí un mozalbete  
las manos ha de poner?

LISARDA: Eso tiene quien se mete  
entre marido y mujer.  
¿Qué tengo yo que no sea  
de Lelio?

ROSELIO: ¿A ti un bofetón?

LISARDA: Ni me afrenta, ni me afea;  
afeites del honor son  
con que el amor se hermosea.

Es mi esposo, hacerlo pudo.

ROSELIO: Hablas al fin como honrada;

pero el acero desnudo,  
ya jubilado en la espada  
me vengará.

LISARDA: De eso dudo.

*Vase. Sale VALERIO*

ROSELIO: ¿Aquí estás? ¿Cómo te atreves  
salir en público así,  
si por tus costumbres leves  
anda Cleandro tras ti,  
y antiguos enojos mueves?

VALERIO: Quiero hoy volverme al aldea  
y he menester que me des  
unos escudos.

ROSELIO: Granjea  
tu hacienda así, que después  
no es mucho que corta sea.  
¿Cuántos los escudos son?

VALERIO: Quinientos.

ROSELIO: Pues ¿para qué?

VALERIO: Compro cierta posesión.

ROSELIO: ¿Tú, posesión? Ya yo sé  
de tu santa inclinación  
la posesión en que estriba  
tu liviana voluntad,  
en torpes vicios cautiva.

VALERIO: ¡Por Dios que es una heredad!

ROSELIO: Si es heredad, será viva.

VALERIO: ¡Oh, que de ello que me cuesta  
cualquier cosa que me das!  
Digo que es para una fiesta;  
para jugar. ¿Quieres más?  
¡Una mujer!

ROSELIO: ¡Y honesta!

VALERIO: ¿Tienes otro que te herede  
más que a mí y para que estimes  
lo que es justo, que acá quede?  
Ya soy hombre, no escatimes

lo que mi edad me concede.

ROSELIO:       ¿Tantos pasos y argumentos  
gastas, si en darte me fundo,  
los reales cientos a cientos?

VALERIO:       Más que un hermano segundo  
en cobrar sus alimentos.

      Si me los tienes de dar,  
¿para qué con esa flema  
me los haces desear?

ROSELIO:       A ti y Lelio un mismo tema  
os hace locos de atar.

      Ea, en mí las manos pon,  
como hizo Lelio en tu prima;  
si te parece razón,  
mi cano rostro lastima,  
dame en él un bofetón.

      El oro y joyas me quita  
con alborotos y voces,  
y en tierra me precipita,  
darásme otra vez de coces  
por amor de Margarita.

VALERIO:       ¿Cómo es eso?

ROSELIO:               A su mujer  
las joyas Lelio ha quitado  
que no le supo traer,  
y un bofetón le ha costado  
el quererlas defender.

      Y porque yo, como tío,  
sus locuras reprendí,  
fue tanto su desvarío,  
que puso los pies en mí.  
¡Mira que valiente brío!

      A Margarita pretende;  
para ella las joyas son  
con que su interés entiende.  
Si es ésta la posesión  
que tu deshonra te vende,  
      cómprala, y cual Lelio yerra.  
Echa a mal mi hacienda  
así y de casa la destierra.

Písala bien como a mí!  
Lelio me ha pisado en tierra.

*Vase*

VALERIO:       ¿Lelio a mi padre ha injuriado?  
                  ¿Lelio en Margarita--¡Cielos!--  
                  emplea hacienda y cuidado?  
                  ¿Lelio afrentas? ¿Lelio celos?  
                  Mas ¿qué mucho si es cuñado?  
                  Voyle a buscar, que mejor  
                  satisfará a mi esperanza  
                  que a la lengua mi valor.  
                  Daré de un golpe venganza  
                  a mi padre y a mi amor.

*Vase. Salen LEONELA y MARGARITA*

LEONELA:       ¡Buena traza!  
MARGARITA:       No más silla.  
LEONELA:       ¿Escarmentarás desde hoy?  
MARGARITA:    Triste desde anoche estoy;  
                  alcánzame esa almohadilla  
                  que la labor entretiene,  
                  olvidaré pesadumbres.

*Dale vainicas, y toma LEONELA randas*

LEONELA:       Cuando a ella te acostumbres,  
                  sí amor quiere, tan bien viene  
                  a la labor como al ocio;  
                  pues tal vez si le aprovecha,  
                  hace de la aguja flecha  
                  con que entabla su negocio.  
MARGARITA:    Como es la materia blanda,  
                  aunque se suele picar,  
                  huélgase tal vez de andar  
                  entre la aguja y la holanda.  
                  ¿Has las randas acabado?

LEONELA: No, porque aunque son ligeros,  
cánsanme cien majaderos  
que haciendo un manoteado  
enmarañan mi labor.

MARGARITA: Si un majadero no más  
da tanto enfado, ¿qué harás  
con ciento juntos?

LEONELA: Mejor  
son éstos que están atados;  
pues menos tormento dieran  
los necios como estuvieran  
del modo que éstos colgados.

MARGARITA: Leonela, ¿no es gentilhombre  
Lelio?

LEONELA: Tu pretendiente es  
rico, galán y cortés;  
pero como tiene nombre  
de casado, no me agrada.  
Para mí mucho ha perdido  
en serlo.

MARGARITA: ¿Por qué?

LEONELA: Un marido  
que es con carga tan pesada  
ganapán del matrimonio,  
sufre mucho.

MARGARITA: Bueno está.

LEONELA: Un marido sufrirá  
todo un falso testimonio.

MARGARITA: ¿Por qué, que estás importuna?

¿De todo has de mal decir?

LEONELA: Hombre que puede sufrir  
el rüido de una cuna,  
¿qué diablos no sufrirá  
al lado de una mujer  
que por fuerza ha de tener  
las inmundicias que ya  
te constan?

MARGARITA: Eso es sin duda.

LEONELA: ¿No sufre más que un peñasco

hombre que no tiene asco  
de un rostro con paño o muda?

MARGARITA: Galán melindroso hicieras.

Amor Lelio me ha mostrado,  
liberal me ha regalado  
y me agradan sus quimeras,  
pues Valerio es sospechoso,  
y mi padre de éste está  
seguro; tráemele acá,  
que, aunque el viejo es receloso,  
cuando venga y le halle aquí,  
no faltará una mentira  
que le engañe.

LEONELA: Si él suspira  
y tú le escuchas así,  
voy por él, servirte quiero.

MARGARITA: Que varíe me has mandado;  
sabré a qué sabe un casado  
pues ya sé lo que es soltero.

LEONELA: A ambos puedes reducirlos.

MARGARITA: ¿Dos juntos? ¡Líbreme Dios!

LEONELA: Lo bueno es de dos en dos,  
que es comer a dos carrillos.

*Vase*

MARGARITA: La inclinación de mi edad  
más gusta oír cada día  
sermón en la Compañía  
que misa en la Soledad.

Sola estoy y no soy santa,  
perdone mi padre viejo  
que no hay gusto con consejo;  
mas, ¡Válgame Dios! ¿quién canta?

*Canta de dentro*

VOZ: "Margarita, Margarita,

*maldita fuera mejor  
que te llamase Florencia,  
pues eres su maldición."*

MARGARITA: ¿Quién puede ser la que canta?

¡Ay cielos, qué triste voz!  
Los cabellos me ha erizado,  
palpítame el corazón.  
¡Hola! ¿Quién canta allá dentro?  
Pero ¡qué medrosa soy!  
Alguna de mis criadas  
es que está haciendo labor.  
Cante alegre o cante triste,  
que el uno y el otro son,  
suspenden y avivan más  
sentimientos del amor.

### *Canta*

VOZ: "Margarita te llamaron,  
*pero no conforma, no,  
con tus obras tu apellido  
con tus vicios tu valor.  
Libre te crió tu madre  
causando tu perdición,  
¡Pobre de ella, cuál lo paga!  
¡De llamas es su prisión!"*

MARGARITA: ¿Qué es esto? ¿A mí se dedican  
los versos de esta canción?  
¿Mi libertad reprehenden?  
¿Maldicen mi inclinación?  
Éste es mucho atrevimiento.  
¿Cuándo sufrí burlas yo?  
Castigaré en la criada  
este agravio, ¡vive Dios!  
¡Hola! Florisa, Marcela,  
Faustina, Audronio, León.  
¿No me responde ninguno?

¿Si estoy soñando? Mas no,  
no debe de ser de casa  
la cantora o el cantor  
que mi vida satiriza.  
Algún vil murmurador  
de los de mi vecindad  
me piensa poner temor.  
Digan; allá se lo hayan.  
Libres son y libre soy.  
De la más santa murmuran;  
del rey como del pastor;  
mas que digan que mi madre,  
porque libre me crió,  
se abrasa, esta es desvergüenza.  
Sufrirlo será baldón,  
castigarle será justo.  
¡Hola! Llamadme a Gascón,  
ese mozo de caballos.  
Mas, ¿qué es esto? Loca estoy.  
¿No hay en Florencia mujeres  
de mi nombre y que no son  
de más benditas costumbres  
ni más honestas que yo?  
Cantes de ellas y de mí,  
que yo les daré desde hoy  
materia para sus versos,  
porque he de vivir peor.

### *Canta*

VOZ:        *"No harás, porque antes de mucho  
el infernal cazador  
que caza almas, con tus ojos  
perderá tu posesión.  
Aunque has perdido la cuenta,  
de tu vida en un sermón,  
por las cuentas de un rosario,  
borrará tus cuentas Dios.  
A un hombre puesto en un palo*

*has de tener tanto amor,  
que has de perder el juicio  
en la vulgar opinión."*

MARGARITA: ¿Cómo? ¿Yo a un ajusticiado?

¿A un hombre en un palo yo?

¿Yo a difuntos? ¿Yo sin seso?

Desmayos me da el temor.

¿Mujer de mi calidad

ha de estar sin lo mejor

del alma, que es el juicio?

¿Yo amante de quien perdió

la vida en un palo vil?

No es buena satisfacción

de mis culpas deshonrarme.

Oerdonaráme el sermón.

Si sermones han de ser

causa de mi conversión,

no he de oírlos en mi vida.

Intente otros medios Dios,

que por ése no haya miedo

que me coja, pues desde hoy

no he de oír sermón ni misa.

Vuélvome a hacer mi labor.

¡Ay! Si Leonela viniese,

si entrase conversación

y dejase de cantar

aquesta agorera voz.

*Canta*

VOZ: "Margarita, ¿de qué sirve

hacer piernas contra Dios,

ni tirar, cual dijo a Pablo,

coces contra el aguijón?

Si de tu libre albedrío

siguieres la inclinación

y sus vicios no dejares,

daránte mal galardón."

*Descúbrese al son de tristes instrumentos una  
escalera de flores, y al cabo una silla y corona de fuego*

*"En el reino del espanto,  
entre fuego y confusión,  
aquesta silla te espera  
si no excusas tu rigor.  
Aunque por flores se sube,  
que el deleite es torpe flor,  
éste es el fruto que ofrecen  
flores que de vicios son.  
En vez de oro tiene fuego,  
brasas sus follajes son,  
su corona basiliscos,  
azufre y pez es su olor."*

MARGARITA: ¡Ay, cielos; qué horrenda vista!  
Leonela, Fabia, señor,  
criados, vecinos, gente,  
¿ninguno me da favor?  
Pues que ninguno me ayuda,  
matarme será mejor.  
¿No hay cordel que sea  
verdugo de mi desesperación?

*Al son de música alegre se descubre una  
escalera hecha de rosarios, y sobre ella una silla muy hermosa y  
sobre la silla una corona de oro. Canta*

VOZ: "El cordel que te remedie  
las cuerdas divinas son  
de esta escala, donde sirve  
cada cuenta de escalón  
por ella, para que suba  
hasta el cielo el pecador,  
da la mano poderosa  
su admirable devoción.

*Silla y corona de rosas  
es quien paga el fruto en flor  
a María, flor de gracia,  
e intenta tu conversión.  
Teje del rosal divino  
del rosario y su oración  
las rosas de sus misterios,  
si alcanzar quieres perdón."*

MARGARITA: ¡Oh, qué belleza de silla!

El alma me consoló,  
encubrióse su hermosura,  
la voz dió fin a su voz.  
Entre el consuelo y tristeza,  
la esperanza y el temor,  
me tienen entre dos aguas  
y me cubre un frío sudor.  
¡Cuánto va de silla a silla,  
vágame el poder de Dios;  
y de corona a corona,  
de reino a reino! Venció  
el temor aquesta vez.  
¡Viva la virtud! Desde hoy,  
salgan los vicios de casa.  
Salid fuera, torpe amor.

*Vase. Salen LELIO y VALERIO acuchillándose,  
LEONELA dando voces*

LEONELA: ¡Valerio, envaina, que me causas miedo!  
¡Jesús! Lelio, ¿no ves que estoy preñada? Palpitaciones  
tengo, muerta quedo;

no hay coco para mi como una espada.

VALERIO: Amigo al uso, no verás si puedo  
la traza infame de tu amor vengada;  
que a castigar en ti me traen los cielos  
la injuria de mi padre y de mis celos.

Lisarda es prima mía, en quien villano  
la vil mano pusiste, que atrevida

muestra tu infamia, aunque se excuse en vano,  
porque quede tu afrenta conocida,  
no pone el noble en su mujer la mano  
si no es para, quitándola la vida,  
mostrar que, ocasionando su deshonra,  
no le dio menos causa que en la honra.

Y porque de defender mi padre trata  
fe su sobrina el lícito decoro,  
pisaste vil su venerable plata  
cuando a tu esposa le quitaste el oro.  
¡Bravas hazañas! ¡Tu valor quilata  
con viejos y mujeres. Ya no ignoro  
el esfuerzo que en ti tiene su espejo  
hiriendo a una mujer, pisando a un viejo.

LELIO: Con la mano te pienso dar respuesta,  
ya que así te desbordas y desmandas,  
pues es la espada lengua.

VALERIO: En ti molesta  
y no enseñada, pues tan mal la mandas;  
que, en fin, como tu mano descompuesta,  
rostros tiernos afrenta y canas blandas,  
no podrás de cobarde delicado  
sufrir el peso del acero honrado.

LELIO: Habla cuanto quisieres, que no irrita  
tu cólera el valor que en mí conoces.  
Sólo digo que adoro a Margarita  
y que he de procurar que no la goces.

VALERIO: ¡Oh, infame! Aguarda.

LEONELA: ¡Santa Inés bendita;  
que se matan! ¡San Roque!

LELIO: Si de coces  
di a tu padre, mis pies que le maltratan  
te pisarán la boca.

LEONELA: ¡Que se matan!

*Vanse riñendo. Salen riñendo CLEANDRO  
y ROSELIO*

ROSELIO: Con la lengua desnuda de esta espada

digo otra vez que, mientras tenga vida,  
no se verá tu hija desposada  
con Valerio, aunque más palabras pida.

CLEANDRO: No es Valerio tan noble.

ROSELIO: Ni ella honrada.

Y sin honra, ¿qué importa ser nacida  
de Augustos y Alejandros excelentes,  
como es para injuriarlos así?

CLEANDRO: ¡Mientes!

ROSELIO: No puedes afrentarme, que no tienes  
honra; y sin ella un hombre nunca afrenta;  
mas, pues tan loco a despeñarte vienes,  
ten de tu vida, loco viejo, cuenta.  
La lengua que agraviar honras enfrenes  
mejor que de tu hija.

CLEANDRO: Porque intenta  
el botado de acero es esta espada  
que en orden la pondrá si es desbocada.

*Vanse riñendo. Salen ALBERTO y BRITÓN  
riñendo*

BRITÓN: Medio lacayo, no lacayo entero;  
medio aún es mucho, cuarterón. ¿Qué digo?  
¡Dos onzas de lacayo! Caballero  
ando en honrarte siendo mi enemigo.  
¡Una onza de lacayo, y aún no quiero  
darte una onza, que seré prodigo.  
¡Adarme del acayo a quien desmayo!  
¿Adarme? ¡Escrupulillo de lacayo!  
¿Tú con Leonela, fregatriz divina,  
célebre desde el Ganjes hasta el Tajo,  
que dando censo en agua a su cocina,  
de los rayos del sol hizo estropajo?  
¿Tú con una mujer que Celestina  
crió a sus pechos y en sus brazos trajo,  
a quien el orador como el poeta  
llaman en prosa y verso alcahueta?  
¿Tú, competir conmigo? ¡Vive el vino!

Que he de hacer un castigo más sonado  
que mocos con tabaco.

ALBERTO: No me indino  
así, ni he de reñir si no enojado.  
Veme encendiendo más, habla sin tino;  
podrá ser que de injurias enojado  
saque la espada, en castidad Lucrecia,  
que como a gusarapa te desprecia.

BRITÓN: ¿Yo gusarapa? ¡Mientes!

ALBERTO: No es nada eso.  
Dime más.

BRITÓN: Digo que eres un gabacho.

ALBERTO: Fuélo mi padre, la verdad confieso.  
Dime más.

BRITÓN: Digo que eres un borracho.

ALBERTO: Gloríome de serlo.

BRITÓN: Eres confeso.

ALBERTO: Confesor y no mártir no es despacho  
que me pueda afrentar.

BRITÓN: Eres marido.

ALBERTO: ¿Marido yo? Mi enojo has encendido.  
Mientes hasta la enjundia, y echa afuera  
la virginal espada.

*Salen LEONELA y MARGARITA*

LEONELA: Sal, señora,  
si no pretendes que tu padre muera,  
que con Roselio se mataba ahora.

MARGARITA: Cuando le maten en la edad postrera  
no muere mal logrado, ni me azora  
ese temor. Peor será que viva.

ALBERTO: Échese hacia acá abajo.

BRITÓN: Echo hacia arriba.

LEONELA: Valerio que, celoso, está informado  
de que Lelio te sirve, le provoca  
hasta haberse los dos acuchillado.

MARGARITA: Pues ¿eso te da pena? Calla, loca,  
que una mujer que por el mundo ha dado

no gana fama, o la que gana es poca,  
por más amantes que su garbo inquiete,  
si no han muerto por ella seis o siete.

LEONELA: ¿Ésa es la santidad que prometías  
a la visión que viste y me has contado?

MARGARITA: Debieron de ser vanas fantasías;  
soy moza, no me pongas en cuidado;  
malogrará mi edad en breves días  
si miro en disparates que he soñado.

LEONELA: El alma es de tu madre que te avisa.

MARGARITA: Mañana daré un real para una misa.

LEONELA: ¿Un real? ¡Limosna larga!

MARGARITA: Basta y sobra

LEONELA: Quien a lo humano gasta, a lo divino  
es avarienta.

MARGARITA: Deja ya esa obra,  
que tanta santidad es desatino;  
si Lelio viene y los cabellos cobra  
a la ocasión, hacerle determino  
cacique de estas Indias.

LEONELA: Es bizarro,  
y tú su Potosí si él tu Pizarro.  
Mas ¿qué es esto?

BRITÓN: Desgracia nunca oída.  
Lelio ha herido a Valerio malamente,  
y dos horas no más le dan de vida,  
que está sin habla y ya ni ve ni siente;  
sus parientes te llaman su homicida.

MARGARITA: No hago caso de dichos de la gente.  
Pésame, cierto; y Lelio, ¿dónde ha huído?

BRITÓN: Está en Predicadores retraído.  
Pero no es la mayor desgracia ésta,  
que tu padre también...

MARGARITA: ¿Cómo?

BRITÓN: Ha quedado  
herido y preso, y no por causa honesta;  
que el padre de Valerio le ha afrentado  
y está preso también.

LEONELA: Hagamos fiesta,  
pues se te cumple ya lo deseado.

MARGARITA. ¿Dónde le tienen preso?  
BRITÓN: En el palacio  
viejo del duque, y por su alcaide a Horacio.  
MARGARITA: ¿La herida es algo?  
BRITÓN: No, cierto rasguño  
de oreja a oreja.  
MARGARITA: ¿Cómo?  
BRITÓN:  
Miento, miento;  
hirióle en la muñeca, junto al puño,  
Roselio; mas no es nada.  
MARGARITA: Verle intento.  
BRITÓN: Aqueste vuestro amor es el dimuño.  
Matáis a uno y engañáis a ciento.  
No vais a ver a vuestro padre ahora  
que está con vos airado, aunque os adora.  
MARGARITA: No importa, que en achaque de ir a verle  
quiero ver a tu amo, el retraído.  
BRITÓN: ¿Queréisle bien?  
MARGARITA: Pues ¿he de aborrecerle  
si por mi causa para tanto ha sido?  
BRITÓN: Pues ahora hay lugar, si habéis de hacerle  
esa merced; porque al sermón ha ido  
toda Florencia, que su gente aplica,  
si fray Domingo de Guzmán predica;  
y mientras que en la iglesia está ocupada  
con el dicho sermón, a un lado de ella  
le hablarás sin que nadie note nada.  
MARGARITA: Bien dices. Todo el gusto lo atropella,  
Lelio me deja tierna y obligada,  
y a fe que enciende más de una centella.  
BRITÓN: (Es yesca la mujer, ¡qué maravilla!) **Aparte**  
MARGARITA: Dame un manto Florisa. ¡Hola, la silla!

*Vase*

BRITÓN: Ya que sola te quedas, di, cerrojo  
de cárcel traqueado, pandillera,  
¿con mi amor es razón que seas chancera,

por Albertillo manco, zurdo y cojo?  
LEONELA: No hay mujer que no haga trampantojo,  
y más con el remate de escalera.  
Váyase noramala, salga fuera.

### *Escúpele*

BRITÓN: No escupas más, que me emplastaste un ojo,  
tintero de botica.

LEONELA: ¡Ay, cerbatana!

BRITÓN: ¡Ay, tercerona!

LEONELA: Y ¡ay, alcabalero!

BRITÓN: ¡Ay, trotacalles!

LEONELA: ¡Ay, estriegalodos!

BRITÓN: ¡Ay!

LEONELA: ¡Ay!

BRITÓN: ¡Miz!

LEONELA: ¡Zape!

BRITÓN: ¡Ay, flaqueza humana!

¡Ay!

LEONELA: ¡Ay!

BRITÓN: ¡Púpú!

LEONELA: ¡Lálá!

BRITÓN: ¡Ay, yo soy, soy

Duero!

LEONELA: ¡Ay, rascamuelas!

BRITÓN: ¡Ay, los ayes todos!

*Vanse. Salen CELIO, PINARDO y LUDOVICO,  
galanes*

CELIO: Pues ¿de la iglesia os salís?

PINARDO: Tengo poca devoción.

LUDOVICO: ¿Para qué, pues, acudís  
tanto a ella?

PINARDO: No el sermón  
me trae, si lo advertís.

CELIO: Pues ¿qué?

PINARDO: Lo que os trae a vos.  
CELIO: Yo a ver las damas que vienen  
acudo sólo, por Dios.  
LUDOVICO: Las mismas aquí me tienen.  
PINARDO: Confórmome con los dos.  
CELIO: Buena vino la mujer  
de Honorato.  
LUDOVICO: Quién, ¿Marfisa?  
mejor suele parecer.  
PINARDO: Debióse afeitarse de prisa  
y echábasele de ver.  
LUDOVICO: ¿Qué os pareció de Rosalba?  
CELIO: Brava reverencia os hizo.  
PINARDO: Fuera más bella que el alba  
si no trajera postizo  
el cabello.  
LUDOVICO: Pues ¿qué? ¿Es calva?  
PINARDO: Como un San Pedro.  
CELIO: ¿Y Octavia?  
LUDOVICO: Es vieja.  
PINARDO: No lo es Lucrecia.  
CELIO: Ésa tiene mucha labia  
y toca en puntos de necia  
porque despunta de sabia.  
LUDOVICO: ¿Casandra es de buena cara?  
PINARDO: Sí; pero dicen que es puerca.  
CELIO: ¿La española doña Clara?  
LUDOVICO: No parece bien de cerca  
y para de treinta es cara.  
CELIO: ¿La del ginovés Marín?  
PINARDO: Hanme dicho que trae ésa  
una torre por chapín,  
y para chica es muy gruesa.  
CELIO: No lo es para el florentín.  
PINARDO: Las hermanas Garambelas  
me agradan mucho, por Dios.  
CELIO: Aféanlas las viruelas,  
y no osan dejar las dos  
verdugados y arandelas.  
LUDOVICO: Buena es Fabia.

PINARDO: Malas manos.  
CELIO: ¿Y la Urbina?  
LUDOVICO: Es muy arisca.  
PINARDO: ¿Laura?  
CELIO: Tiene muchos granos.  
LUDOVICO: ¿Doriclea?  
PINARDO: Es medio bizca  
y habla a moros y cristianos.  
CELIO: Hoy los tres hemos venido  
mal contentadizos.  
LUDOVICO: Son  
lo que hemos dicho.  
PINARDO: Ha traído  
fray Domingo a su sermón  
todo el mundo.  
CELIO: ¿Habéisle oído?  
PINARDO: Una vez.  
LUDOVICO: ¿Y qué os parece?  
PINARDO: Que es un apóstol San Pablo  
que a darnos luz amanece.  
CELIO: No tendrá ganancia el diablo  
con él.  
LUDOVICO: No se desvanece.  
PINARDO: Según recoleta el mundo,  
si él prosigue en predicar,  
antes de mucho me fundo  
que al demonio le han de dar  
de azotes por vagamundo.  
Estas cuentas del rosario  
píldoras de vicios son.  
LUDOVICO: Concepto de boticario.  
CELIO: Dejemos la devoción,  
que estáis hoy extraordinario,  
y decid si habéis sabido  
la causa de la pendencia  
de Lelio.  
PINARDO: Pues ¿ha reñido?  
LUDOVICO: Sábelo toda Florencia,  
¿y con eso habéis salido?  
PINARDO: ¿Con quién?

CELIO: Con Valerio.  
PINARDO: ¿Siendo  
su cuñado?  
LUDOVICO: ¿Eso no basta?  
PINARDO: ¿Y hay sangre?  
LUDOVICO: Estáse muriendo  
Valerio.  
PINARDO: Lelio es de casta  
de valientes; pero entiendo  
que celos de Margarita  
han puesto a Valerio así.  
CELIO: Como a éstos el seso quita.  
LUDOVICO: Pues retraído está aquí  
Lelio.  
PINARDO: ¡Qué honrada y bonita  
que es Lisarda, su mujer!

*Sale PINABEL*

PINABEL: ¿De cuándo acá el diablo a misa?  
CELIO: Pinabel: ¿qué hay?  
PINABEL: ¿Qué ha de haber?  
que el mundo se acaba aprisa.  
LUDOVICO: ¿Cómo?  
PINABEL: Ahora acabo de ver  
a Margarita en sermón.  
PINARDO: Hace una raya en el agua.  
LUDOVICO: No la trae la devoción;  
que, si vino, a fe que fragua  
alguna nueva invención.  
CELIO: ¿Habían, ya comenzado  
a predicar?  
PINABEL: Buen rato ha.  
PINARDO: ¿Y os salís?  
PINABEL: Harto he llorado;  
como estábades acá,  
salí de voces cansado.  
LUDOVICO: En fin, Margarita escucha  
al padre predicador.

¿Mostrará devoción?  
PINABEL: ¡Mucha!  
Señales da de dolor  
o locura con que lucha.  
PINARDO: ¿Y la criadita?  
PINABEL: Quemada  
y hecha polvos la vea yo.  
LUDOVICO: ¡Qué relamida y taimada!  
CELIO: En ella el demonio halló  
una gentil camarada.  
PINARDO: ¡Qué bien sabe la bellaca  
toda la girobaldía  
del trato alcahuete!  
PINABEL: Saca  
jugo de una piedra fría.  
LUDOVICO: Y guarda más que una urraca.

*Salen ANDRONIO y FELICIO*

ANDRONIO: ¡Gran sermón!  
FELICIO: Cuando Dios toca  
de esta suerte un corazón,  
habla por la misma boca  
del que predica.  
ANDRONIO: El sermón  
vuelve a Margarita loca,  
o la vuelve santa.  
FELICIO: Todo  
puede ser, que el mundo llama  
loco al santo.  
ANDRONIO: ¿De ese modo  
ya es loca y santa esta dama?  
FELICIO: Lo primero la acomodo.  
PINARDO: ¿Qué es esto, señores?  
ANDRONIO: Es  
milagros que hace el sermón  
de fray Domingo, después  
que vino aquí.  
PINARDO: La ocasión

nos decid, Andronio, pues.

FELICIO: Margarita, poco a poco  
en el sermón convertida  
de Domingo, a quien invoco,  
o muda de estado y vida,  
o la ha dado un furor loco.

A cada voz que intimaba  
el padre predicador,  
una joya se quitaba;  
y sin mirar el valor  
de su sangre y dónde estaba,  
medio desnuda y llorando,  
el sermón interrumpía  
voces y suspiros dando.

PINABEL: ¿Ella, santa?

ANDRONIO: ¿No podría?

PINABEL: No estoy el poder dudando  
del cielo; pero primero  
seré yo fraile que vos  
la veáis santa.

CELIO: No quiero  
dudar del poder de Dios;  
el fin de este caso espero.  
Mas ¿no es ésta?

LUDOVICO: Sí, y tras ella  
toda la gente que sale.

CELIO: Loca viene.

PINABEL: Loca y bella.

ANDRONIO: Como su virtud iguale  
a sus vicios, dichosa ella.

*Salen MARGARITA, medio desnuda, y POBRES tras ella,  
y LEONELA*

MARGARITA: Afuera galas dañosas,  
joyas torpes y lascivas,  
plumas con que la corneja  
prestada hermosura envidia.  
Casa del demonio he sido,

y porque al huésped despida,  
en fe de mudarse a ella  
mi Dios la desentapiza.

Tomad, pobres de mis ojos.

LEONELA: ¡Ah, señora de mi vida!

¿En la calle te desnudas?

¿No adviertes en quién te mira?

MARGARITA: Leonela: el mundo avariento,

para quien por él camina,  
puerto es de Arrebatacapas,  
y así las ropas me quita.

Vestidos hizo el pecado  
que a Adán y Eva ensambenitan.

La verdad anda desnuda,  
adornada la mentira.

En la calle han de ver todos  
que la hermosura fingida  
que en mí los encadenó  
prestada fue, que no mía.

Fue hermosura de alquiler,  
pues claro está que la alquiler  
quien con galas es hermosa,  
si sin ellas la abominan.

LEONELA: Pinabel, Celio, Pinardo,

pues aquí estáis, reducidla,  
que se le va por la posta  
la medula de la vida.

PINABEL: Señora, volved en vos,  
que no es bien que Margarita  
tan bella y que tanto vale  
la lloremos hoy perdida.

MARGARITA: ¡Qué bien en el uso estáis,

idiotas, cuya doctrina  
cuando os rodeabais de sabios,  
la llama Pablo estulticia!

La parábola ignoráis  
de la mujer afligida  
que, descuidada, perdió  
la preciosa margarita,  
y revolviendo la casa

luz enciende, trastos quita,  
cofres busca, suelos barre,  
galas saca, cajas mira,  
hasta que, habiéndola hallado,  
llama a voces las vecinas;  
sale de sí, fiestas hace,  
gasta, festeja, convida.  
Pues si Margarita soy  
y, perdiéndome en mí misma,  
estaba fuera de mí,  
sin valor y sin estima,  
y hoy dentro de mí me busco,  
la luz del sol encendida  
de la palabra de Dios  
que fray Domingo predica,  
¿qué mucho que para hallarme  
arroje galas malditas,  
barra el alma de sus culpas,  
y sin mirar quién me mira,  
pues a mí misma me hallé  
cuando en mí estaba perdida,  
haga fiestas por las calles  
y dé a los pobres albricias?  
Margarita soy hallada,  
de Dios sigo la doctrina.  
Amigos, hagamos fiestas,  
a convidar voy amigas.

### *Baila*

Cantadme mil parabienes,  
bailemos, que la alegría  
aquestos efectos causa;  
todos celebren mi dicha.

LEONELA: Miren cuál anda el meollo,  
señora, mas que nos tiran  
pepinazos los muchachos,  
y que nos van dando gritan.

LUDOVICO: ¡Hay lástima semejante!

MARGARITA: ¿Ésta es lástima? ¿Y la vida

que yo tuve y vos tenéis  
os alegre y no os lastima?

Muy necio sois para alcalde.

LEONELA: ¿Qué hacéis, señores? Asidla  
y a su casa la volvamos.

¡Malhaya nuestra venida!

PINARDO: No os habéis de desnudar;  
ni porque estéis convertida  
habéis de hablar disparates.

MARGARITA: Quien es loca que los diga,  
¿Dónde me lleváis?

CELIO: A casa.

Tenedla y vaya.

MARGARITA: ¡Oh que linda  
compañía me llevaba!  
¡Fuera gente lasciva!  
Que si se pagan los vicios  
por las malas compañías  
no quiero que me paguéis  
los vuestros, ya que estoy limpia.  
¡Fuera, digo, gigantones  
del mundo! La seda encima  
y la paja por de dentro,  
amantes a la malicia,  
que soy amante de veras.

PINARDO: Dejadla, que desatina  
y está furiosa.

*Vanse. De dentro*

VOCES: A la loca.

MARGARITA: Mi Dios, si hizo el mundo estima  
de mi frágil hermosura,  
hoy al menosprecio incita.  
Llámenme loca por Vos,  
seré la loca divina.

¡Albricias me pedí, cielos, albricias!  
Que si soy la perdida Margarita,  
pues a la luz de la verdad me hallaron,  
venga mi Dios y le dará su hallazgo.

**FIN DEL ACTO SEGUNDO**

## ACTO TERCERO

*Salen LEONELA, a lo beato, LELIÓ y BRITÓN, de peregrinos*

LELIO: Un año, Leonela, he estado  
en el duro cautiverio  
de la ausencia, y de Valerio  
temeroso. Él ha sanado  
y yo por puntos peor  
moriré, pues Margarita  
mudada imposibilita  
mi vida, como mi amor.

¿Qué truco de vida es éste?  
¿Qué llanto? ¿Qué soledad  
manchará su mocedad  
porque la vida me cueste?

LEONELA: ¿Qué quieres? Todos andamos  
a lo capacho. Yo y todo,  
como ves, ando del modo  
que anda un Domingo de Ramos,  
suspirando por instantes,  
vestida de devoción,  
siendo en toda procesión  
paso de disciplinantes;  
y, en fin, si en la *vita bona*  
que ya me hacen dar de mano,  
fui bellaca a canto llano  
ya soy santa socarrona.

Todo se muda. El camino  
de virtud sigo, ¿qué quieres?

BRITÓN: Mejor medrarás si hicieras  
fayancas a lo divino.

LEONELA: El rosario y fray Domingo  
han acabado esto y más.

BRITÓN: Hecha un almíbar estás

del cielo; si en ti me pringo  
pegaráseme el ser santo.

LEONELA: Pues llegue, que aquí hay cordón.  
que tiene por devoción  
diez ñuditos como un canto.

LELIO: ¿Qué? ¿No se acuerda de mí  
tu señora?

LEONELA: No hay que hablar,  
con rezar y más rezar  
al malo aparta de sí.  
Trae al cuello de ordinario  
más cuentas que un buhonero.

LELIO: De esa suerte yo me muero.

LEONELA: Conviértete tú en rosario,  
y a su cuello te traerá.

LELIO: Luego ¿de nada ha servido  
lo que de mí has recibido?  
Luego ¿en vano escrito te ha  
en esta ausencia mi amor,  
que de su industria discreta  
te aproveches?

LEONELA: No hay receta,  
por sabio que sea el doctor,  
que aproveche si el enfermo  
no la quiere ejecutar.  
No tienes que me culpar,  
que en verdad que no me duermo.

No hay ocasión de nombrarte  
que, encajándole la historia,  
no le traiga a la memoria  
lo mucho que debe amarte.

Y aun hubo vez que mohina,  
después que me reprendió,  
sin que ayunase, me dio  
colación de disciplina.

Viene fray Domingo a casa,  
y endiósala de manera,  
que, si al mundo fue de cera,  
para Dios es ya de masa.

Su padre está tan contento

como antes estaba triste;  
sayal o estameña viste,  
hierbas son nuestro sustento,  
que carne no es ya comida  
de que nuestra mesa ayuda

BRITÓN: Opilóse con la cruda  
y págalo la cocida.

LEONELA: No sé; lo que experimento  
es, que desde un año acá  
solos rosarios me da  
por salario y por sustento.

En lugar de letuario  
rosarios he de almorzar;  
a comer, a merendar  
y a hacer colación, rosario.

Rosario al hacer labor,  
rosario al agua bendita,  
rosario cuando hay visita,  
rosario si hace calor.

Rosario si llueve o hiela,  
y, en fin, me tiene tan harta  
que es cada hora ya una sarta  
de rosarios en Leonela.

BRITÓN: Si Apuleyo te topara  
y una mano te mordiera,  
rosada estás de manera  
que al punto te desasnara.

LELIO: Pues, Leonela, yo he venido  
con tan loco frenesí,  
que he de darme muerte aquí,  
o el fuego que se ha encendido  
en mi alma poco a poco  
Margarita ha de apagar.  
Hoy la tengo de gozar  
o morir hoy.

LEONELA: ¿Estás loco?

LELIO: No sé qué furia me incita  
y me trae como me ves.  
Margarita mi bien es,  
moriré sin Margarita.

No dudes de esto.

LEONELA: Habla paso  
no sepa que estás aquí.

LELIO: ¿Qué importa?

LEONELA: ¡Pobre de mí!

LELIO: Yo me muero, yo me abraso.

LEONELA: Calla, que si te conoce  
y contigo me oye hablar  
esta noche he de cenar  
confites de doce en doce,  
que de cuerdas de vihuela  
hizo de alambre y de pita.

LELIO: Si no gozo a Margarita  
éste es mi entierro, Leonela.  
De peregrino he venido  
para hallar fácil la entrada  
de esta casa tan mudada  
sin que sea conocido.

Si a mi vida no das traza  
de mi muerte no te espantes.

LEONELA: Pues menos la amabas antes.

LELIO: Después que así se disfraza  
y de estado y vida muda,  
o lo hace la privación  
o el infierno, en su afición  
me enciende.

LEONELA: Aqueso es, sin duda.

Mas yo ¿qué tengo de hacer?  
Si tu nombre le repito  
ya en libros y horas escrito,  
ya llegándole a esconder  
en las mangas de la ropa,  
debajo la cabecera,  
en la labor, en la estera,  
el nombre de Lelio topa,  
¡qué golpes no me ha costado,  
por más que niego y reniego!  
Ni ¿qué importa encender fuego  
si lágrimas ha topado,  
que cada instante que reza

en estas cuentas derrama,  
con que apagando la llama  
me quiebro yo la cabeza?

No sé cómo correspondas  
con tu gusto.

LELIO: Sólo un medio  
a mi mal dará remedio,  
y es que esta noche me escondas  
adonde mi persuasión  
su áspera vida mitigue  
y a que me quiera la obligue  
la fuerza de la ocasión.

LEONELA: Y que me llueva a mí a cuestas.

LELIO: Con decir que nada sabes  
cumples.

LEONELA: Si tengo las llaves  
y no hay otras puertas que éstas,  
¿qué he de responder?

LELIO: Responda  
esta cadena por ti.

LEONELA: Si me eslabonas así,  
cuando en el alma te esconda,  
no es nada. ¡Buen cabestrillo!  
Éntrate allí dentro, anda.  
¿Qué postema no se ablanda  
con este unguento amarillo?  
Yo te cerraré con llave  
dentro de aquel aposento.

BRITÓN: ¿Y yo?

LEONELA: Tengo cierto cuento  
que decirle. Ya él lo sabe.

BRITÓN: Ahí te las tienes todas.

LEONELA: Aun así te quiero bien.

Lelio: con ella te avén,  
veamos cuál te acomodas,  
que yo con esto he cumplido.

LELIO: La vida te soy a cargo.

BRITÓN: Soy tu amargo.

LEONELA: ¡Y muy mi amargo!  
Entra presto que he sentido.

gente.  
BRITÓN: (¡Qué linda beata!) **Aparte**

*Vanse LELIO y BRITÓN*

LEONELA: Aunque se vista de seda  
la mona, mona se queda,  
que el mercader siempre trata.

*Sale MARGARITA, en hábito honesto*

MARGARITA: Rosario soberano, mi esperanza  
en vuestras cuentas tiene un firme estribo;  
esclava fui del infernal cautivo,  
un año ha que tomó de mí venganza.  
Mucho os debo, mi Dios; en mucho alcanza  
a mis pequeños gastos el recibo;  
no saquéis mandamiento ejecutivo,  
que yo os daré en domingo una fianza.  
Más, Señor, si os agradan las migajas  
de mi corto caudal, aunque son cosas  
de pequeño valor y prendas bajas,  
ejecutadlas, y serán dichosas,  
que si el mal pagador os paga en pajas,  
aunque yo os pague mal, pagaré en rosas.

¿Leonela?

LEONELA: Señora mía.

MARGARITA: ¿En qué entiendes?

LEONELA: En pasar  
de un lugar A otro lugar  
una y otra Avemaría.

MARGARITA: ¿Has aprendido del modo  
que el rosario que es entero  
se divide?

LEONELA: Aunque grosero  
mi ingenio, ya lo sé todo.

MARGARITA: Repite, pues la lección

que acerca de esto te di.

LEONELA: Agora la repetí,  
estoy haciendo oración.

Soy muy flaca de cabeza;  
mejor fuera merendar.

MARGARITA: Leonela, ya no hay jugar.

Deja las burlas y empieza  
si quieres que el bien te cuadre  
con que Dios el alma ayuda.

LEONELA: Soy, señora, por ser ruda,  
buena para el mal de madre.

Y según me haces comer  
rosas, debes de pensar  
que he menesterme purgar.

Ya no puedo padecer  
tanto, que Lelio es testigo.

MARGARITA: ¿No te he mandado que el nombre  
no mientes aquí de ese hombre?

LEONELA: Bien sé yo por qué lo digo;

que, como Lelio es discreto,  
todas las veces que pasa,  
que son hartas, por tu casa,  
viendo mi flaco sujeto

me dijo, "no ayune tanto,"  
porque si una vez desquicio  
los umbrales del juicio  
enloqueceré a lo santo;

y no es bien que pague mal  
a Lelio, que bien te quiere.

MARGARITA: Leonela, cuando te oyere,  
sin hacer de mí caudal,

nombrarme otra vez ese hombre,  
no has de estar más en mi casa;  
ya de los límites pasa  
tu atrevimiento. Ni el nombre  
he de oír del instrumento  
de mi torpe perdición.

LEONELA: Pues ¿yo?

MARGARITA: No des ocasión  
Leonela, a mi sufrimiento;

usa bien de mi paciencia,  
o despídete.

LEONELA:                Señora,  
si nombrase desde ahora  
a Lelio, ni en tu presencia  
    ni ausente, aunque Lelio sea  
tan galán y gentil hombre,  
pues te da de Lelio el nombre  
enfado y no te recrea,  
    plegue a Dios que Lelio  
venga a estar en casa escondido  
por mi mal, y que perdido  
el seso tan poco tenga, que Lelio  
    y tú estando juntos,  
porque yo fui la ocasión,  
tú me des un bofetón  
y Lelio estampe los puntos  
    del zapato en mi barriga;  
porque Lelio, ¿qué me ha dado?  
Si es Lelio o no es Lelio honrado,  
el mismo Lelio lo diga.

MARGARITA:        O que me enoje apetece,  
o loca debes de estar.  
Mándotele no nombrar  
y nómbrales tantas veces.

LEONELA:        Escucha, y no seas crüel,  
ni por nombrarle te ofendas,  
que hago Carnestolendas  
para despedirme de él.

MARGARITA:        Dejemos, Leonela, gracias.  
Híncate aquí de rodillas  
y sabrás las maravillas  
que contra nuestras desgracias  
    aqueste rosario encierra.

### *Híncanse las dos*

LEONELA:        En fin, ¿nos hemos de hincar?  
    ¡Válgate Dios, por rezar!

Hincada estoy en la tierra.

MARGARITA: Los misterios del Rosario  
son quince. ¿Sábeslos?

LEONELA: Sí;  
jugar al quince aprendí  
en casa de un boticario.

MARGARITA: Los primeros, que son cinco,  
son gozosos.

LEONELA: (No hay tal gozo **Aparte**  
como el dar la mano a un mozo  
blanco y rubio como un brinco.)

MARGARITA: ¿Qué dices?

LEONELA: Que cinco son  
los que son gozosos solos;  
pero no cinco de bolos,  
cinco, sí, de devoción.

MARGARITA: Los otros cinco se llaman  
dolorosos.

LEONELA: (¡Qué dolor **Aparte**  
es gastar mi edad en flor,  
cuando dos lacayos me aman,  
hincada aquí como estaca!)

MARGARITA: Los otros son los gloriosos.

LEONELA: ¡Oh misterios generosos!  
(Pues que soy tan gran bellaca **Aparte**  
levantadme de aquí presto.)

MARGARITA: Los cinco primeros, pues,  
quiero enseñarte, y después  
los otros.

LEONELA: Buena me han puesto.

MARGARITA: La soberana embajada  
del paraninfo Gabriel  
contempla, que desde Abel  
tan pedida y deseada  
fue hasta este punto divino.  
¡Qué lágrimas no vertían  
los que a las nubes pedían,  
"lloved, cielo cristalino,  
el rocío celestial  
que nuestras penas consuele,

y en la concha se congele  
soberana y virginal."

¡Ay, qué soberano ejemplo  
dais, amoroso Señor,  
de vuestro infinito amor!  
¿No contemplas?

### *Duérmese LEONELA*

LEONELA: Ya contemplo.

MARGARITA: Pues en oración mental  
contempla aquel *Ecce ancilla*,  
de aquella humildad tranquila,  
pues que tuvo fuerza tal  
que al mismo Dios derribó,  
pues el *Ecce* apenas dijo,  
cuando el que era de Dos hijo  
en su pureza encarnó.

¡Ay, que el corazón destemplo  
en amor, ternura y llanto,  
mi Dios, mi humanado santo!  
¿No contemplas?

LEONELA: Ya contemplo.

MARGARITA: Contempla, pues, esto así,  
mientras yo a la Virgen doy  
gracias, aunque indigna soy,  
por aquel divino sí  
que dio al cielo. ¡Ay, rosa bella;  
que siendo Jesé el rosal  
y la causa virginal,  
María al fin nació de ella;  
aquella rosa sagrada,  
por nuestra dulce *ecce arcilla*,  
que eternamente destila  
celestial agua rosada!

¡Ay, cuentas, qué provechosas  
sois a quien os satisface!  
Rosas sois de quien Dios hace  
para el alma un pan de rosas.

Con vosotras me recreo,  
que sois mi consuelo, en fin,  
y como por un jardín  
por vosotras me paseo.

Como Dios es hortelano  
y su gracia la que os riega,  
nunca el duro invierno os llega,  
siempre gozáis del verano.

Primavera sois de bienes,  
siempre sois florido mayo.

LEONELA: (¡Válgate Dios! Por lacayo **Aparte**  
qué buenas piernas que tienes.)

MARGARITA: ¿Qué es eso?

LEONELA: Estoy contemplando.

MARGARITA: ¿En la embajada?

LEONELA: ¿Pues no?

(En la que Lelio me dio.) **Aparte**

MARGARITA: ¿Qué dices?

LEONELA: Digo, que ando

agora en cuando del cielo  
el ángel se despedía  
de los deudos que tenía,  
haciendo jornada al suelo,  
lo que llorarían con él.

Paréceme que los veo  
decir, "Que volváis deseo  
muy rico de allá, Gabriel.

Guardaos de murmuradores,  
calcillas y bigotillos,  
conventuales de corrillos  
y academias de censores.

Que aunque sois un San Gabriel  
han de murmurar de vos,  
pues no perdonan a Dios  
ni a sus ministros con Él.

Apartaos de los poetas,  
aunque hay tantos, que no sé  
si podréis, pues ya se ve  
entre agujas y banquetas

Apolo, por su desastre,

y el zapatero se mete  
a darle con el tranchete  
y con su tijera el sastre."

MARGARITA: Leonela: los que acá  
bajan siempre gozan la presencia  
de Dios y su eterna esencia;  
no hay llanto allá,  
no trabajan.

LEONELA: ¿Luego no se despidió  
el ángel de esotros bellos?

MARGARITA: Si estaba siempre con ellos,  
¿para qué?

LEONELA: Engañéme yo.

### *Ruido de dentro de carrera*

Mas ¿qué es esto? Carrerita,  
no la pienso yo perder.

MARGARITA: ¿Dónde vas?

LEONELA: A ver correr.

MARGARITA: ¿Estás loca?

LEONELA: Estoy contrita.

Pero esto de cascabeles  
inquiétanme de ordinario.

MARGARITA: Cuando rezas el rosario,  
¿es justo que te desveles  
en cosas vanas? ¿Qué intentas?

LEONELA: Todo es pura devoción,  
pues los cascabeles son  
redondos como las cuentas,  
y de los dos imagino  
que son, y no es dicho en vano,  
el pretal rosario humano,  
y ese otro pretal divino.

*Sacan PINARDO y ALBERTO a VALERIO  
desmayado*

PINARDO: Si es verdad que vive en vos  
la piedad con que Florencia  
vuestra fama reverencia,  
y amando ya a lo de Dios,  
sois al mundo ejemplo nuevo  
que vuestra vida acredita,  
no es posible, Margarita,  
que, mirando este mancebo  
cuál está de una caída  
que dió un caballo corriendo,  
su desgracia socorriendo  
no intercedáis por su vida.  
Pruebe en vos la devoción  
lo que médicos no pueden.

*Vase PINARDO*

ALBERTO: Vuestras oraciones queden  
con él, pues bastantes son  
a volverle en sí, y Leonela  
y yo iremos a buscar  
agua con que despertar  
su desmayo.

LEONELA: ¿Qué cautela  
es ésta?

ALBERTO: Por agua ven,  
y sabráslo de camino.

LEONELA: Ir por ella determino  
al mar.

ALBERTO: Y estarále bien  
a Valerio, porque tardes,  
que no es el suyo desmayo.

LEONELA: ¿No? Pues ¿qué?

ALBERTO: Amoroso ensayo.  
Oye, y ven, porque no aguardes.

*Vanse estos dos*

MARGARITA:     ¿Qué enmarañada invención  
quiere inquietar mi sosiego?  
Junto a la pólvora el fuego,  
la hacienda junto al ladrón.  
Si es Valerio, y la ocasión  
puede tanto, ¿qué he de hacer?  
Agua fueron a traer  
los que de mí no hacen caso;  
traigan agua, que me abraso  
sin saberme defender.

    ¿Iréme de aquí? Mas dejo  
a Valerio desmayado,  
y si le halla en este estado,  
¿qué dirá mi padre viejo?  
Quedarme no es buen consejo,  
pues no irme ni quedarme  
y consentir abrasarme  
mi afrenta vuelvo a temer,  
que estoy sola, soy mujer  
y no hay que poder fiarme.

    ¡Ah Leonela! Pero fue  
por agua y no volverá,  
que sobornada estará  
porque a mi mal tiempo dé.  
Aconsejadme, ¿qué haré,  
cielos piadosos aquí?  
¿Huiré este peligro? Sí,  
que si Valerio cayó  
no es razón que caiga yo  
y que me lleve tras sí.

    Desmayado está, no quiero  
aguardar a que en sí vuelva,  
y que torpe se resuelva  
a lo que intentó primero.

VALERIO:     Espera, entrañas de acero,  
si te obligan a esperar  
lágrimas que despertar  
este desmayo han podido.  
¿Es posible que yo he sido  
quien tuvo en tu amor lugar?

Mas sí, que en esta desgracia,  
no tan por peligroso hallo  
la caída de un caballo  
como el caer de tu gracia.  
La hermosura que te agracia  
no es razón que esté empleada  
en la vida despreciada  
que con este traje adquieres,  
porque no te digan que eres  
la bella malmaridada.

Yo fui tu primero dueño,  
ser quiero tu esposo ahora.  
Valerio es el que te adora,  
aunque en méritos pequeño.  
El alma otra vez empeño  
que a los principios te di.  
No es bien que borres así,  
entre esa estameña obscura,  
Margarita, una hermosura  
de las mas lindas que vi.

MARGARITA: Valerio: volved en vos;  
mudad de intento y estado;  
por Dios sólo os he dejado,  
no hagáis competencia a Dios.  
Solos estamos los dos,  
si pasar la vida en flores  
queréis, no las hay mejores  
que las que en mis cuentas veis.  
Aquí amores hallaréis  
si habéis de tomar amores.

Si de mi pasado yerro  
os vine cómplice a hacer,  
locura será volver  
al vómito como el perro.  
A Dios por amante encierro.  
Dentro del alma le oí  
decirme, "Mi gracia os di,  
y pues que entre los del mundo  
soy amante sin segundo,  
no dejéis por otro a mí."

VALERIO:       Pues si por ruegos no basto,  
                  por fuerza hoy crüel verás  
                  del mal pago que me das  
                  un castigo poco casto.  
                  En balde palabras gasto,  
                  y de intento o vida muda.

MARGARITA:    ¡Cielos! ¿No hay quien me dé ayuda?

*Sale LELIO con el bordón desenvainado*

LELIO:         ¿Cómo te puede faltar,  
                  donde yo estoy, que a estorbar  
                  tu agravio quiere que acuda?

MARGARITA:    ¡Lelio en mi casa! ¿Qué es esto?

VALERIO:       ¿Qué ha de ser, sino señal,  
                  hipócrita desleal,  
                  de tu trato deshonesto?  
                  Tu fama en el vulgo has puesto  
                  hasta el cielo, y escondido  
                  tu vil galán atrevido.  
                  A tu viejo padre engañas  
                  que con tan torpes hazañas  
                  tu santidad ha fingido.

                  El hábito honesto deja,  
                  que para Dios no hay engaño;  
                  pues para hacer mayor daño  
                  viene el lobo en piel de oveja.  
                  Vuelve a tu costumbre vieja,  
                  pues no tienes que perder,  
                  y volverá el vulgo a hacer  
                  burla de tu torpe vida,  
                  que la honra una vez perdida  
                  mal la cobra una mujer.

                  Con Lelio en público trata,  
                  si en secreto a hablarte vino,  
                  que bien viene un peregrino  
                  con una falsa beata.

LELIO:         Mientes, y refrena o ata  
                  la lengua descomedida,

o quitaréte la vida.

VALERIO: Aquí no, vente tras mí  
porque satisfaga en ti  
tu atrevimiento y mi herida.

Y tú, hipócrita, no dudes,  
pues tan convertida estás,  
que he de ocuparme de hoy más  
en pregonar tus virtudes,  
y aunque a su casa acudes  
a servir a Dios, desde hoy  
haré en la ciudad que estoy  
que sus vecinos te alaben.

LELIO: Ya sabes a lo que saben  
mis manos.

VALERIO: Ven.

*Vase VALERIO*

LELIO: Tras ti voy.

Margarita, no es razón,  
ya que en tu defensa cuerda  
la vida pierda, que pierda  
antes de ella la ocasión.

Si una justa obligación  
a mi amor basta a moverte,  
y el salir a defenderte  
te mueve, paga mi fe,  
o antes que me la dé  
Valerio verás mi muerte.

Sólo tu amor ha podido  
disfrazarme como ves;  
tu amor, Margarita, es  
quien hoy aquí me ha escondido.  
Valerio se va ofendido  
a decir por la ciudad  
que con fingida amistad  
pagas mi amor torpemente,  
y pues le ha de creer la gente,  
haz su mentira verdad.

MARGARITA: No permitas, Lelio, que haga  
a Dios y al rosario ofensa.

LELIO: No he de forzarte; mas piensa  
que si así mi amor se paga,  
ha de acabarme esta daga,  
y hallándome aquí sin vida,  
la ciudad, de ti ofendida,  
te llamará descompuesta,  
con Valerio deshonesto  
y conmigo mi homicida.

Paga bien voluntad tanta.

MARGARITA: ¡Oh, torcida inclinación!

¡Oh, fuerza de la ocasión!  
Sola estoy, Lelio, levanta  
devoción piadosa y santa.  
¿Qué lobo deja la presa  
por más que ayunar profesas?  
¿Qué tesoro el avariento,  
o qué manjar el hambriento  
cuando le ponen la mesa?

Soy mujer, bástame el nombre,  
frágil es mi natural.

Ni acero ni pedernal  
será razón que me nombre.  
De la costilla del hombre  
la mujer recibió el ser,  
al centro quiero volver  
que mi inclinación dispone,  
Dios y el rosario perdone.

LELIO: ¿Qué? ¿Mi amor vino a vencer?

Déjame poner la boca  
en estas manos, los brazos  
sean de este cuello lazos  
donde mi alma su bien toca.

*Salen LEONELA y ALBERTO con agua*

ALBERTO: ¡Ay mudanza torpe y loca!  
A buen tiempo el agua viene

si acaso sed tu ama tiene,  
que habrá sido el calor mucho.  
Mas, ¿qué veo?

LEONELA: Y yo ¿qué escucho?

ALBERTO: Hecho me he quedado grulla  
en un pie. ¿Con quién se arrulla  
la santa?

LEONELA: Es un avechucho  
que en figura de romero  
no le conoce Galván.

ALBERTO: ¿No es Lelio éste, aquel galán  
de Margarita? ¿Qué espero?

LEONELA: ¿Y el desmayado?

ALBERTO: Eso quiero  
preguntar.

LEONELA: Gentil ensayo.

ALBERTO: Mas que tienes su lacayo  
con el mismo fingimiento  
aquí.

LEONELA: Como se lo cuento.

ALBERTO: Pues yo también me desmayo.

LEONELA: ¿Dónde Valerio estará?

ALBERTO: Saberlo será mejor.

LEONELA: ¡Ay, señora, mi señor!

ALBERTO: ¿Cómo?

LEONELA: En la sala entra ya.

ALBERTO: Leonela, dime: ¿no habrá  
desván o zaquizamí  
adonde me escondas?

LEONELA: Sí.

¡Eh, lo que ha de hacer el viejo!  
Mas haga, allá me los dejo.

ALBERTO: Escóndeme.

LEONELA: Ven tras mí.

*Vanse los dos. Sale CLEANDRO y halla abrazados a  
MARGARITA y LELIO*

CLEANDRO: ¿Valerio descolorido

de mi casa y descompuesto  
contra mis canas? ¿Qué es esto?  
¿Aún no ha escarmentado herido?  
Pero no sin causa ha sido,  
según lo que llego a ver.  
A inconstancia de mujer  
no es mucho sienta los lazos  
si toma el honor abrazos  
que otra vez vuelva a caer.

Pidan eterna quietud  
al mar donde no hay sosiego,  
flores y hierbas al fuego,  
prudencia a la juventud,  
a la enfermedad salud,  
verdades al mercader,  
seguridad al poder  
y humildad a la riqueza,  
como no pidan firmeza,  
ni palabra a la mujer.

¡Qué presto te arrepentiste  
de la virtud que profesas!  
Al vicio pusiste presas,  
pero presto las rompiste!  
La estameña que se viste  
no es honra en ti, mas baldón,  
que el hábito y religión  
no hace santo al que le muda,  
si al vestirle no desnuda  
su perversa inclinación.

También tú te has disfrazado,  
pero bien fue que viniera  
un romero a una ramera  
como ella disimulado.  
Corta estación has andado  
para el traje que desdora  
tu fama; mas porque ahora  
excuses jornada tanta,  
por no ir a la casa santa  
vienes a la pecadora.

A tan devota estación

justo es que luces encienda,  
yo encenderé con la hacienda  
la imagen de devoción.  
No ha de haber más ocasión  
en mi casa de pecar,  
toda la quiero abrasar,  
aunque la vida me cueste,  
que es hacienda al fin de peste  
y la manda el juez quemar.  
Sacar de aquí una hacha quiero.

*Descubre a BRITÓN, de peregrino, y a ALBERTO y en  
medio a LEONELA*

BRITÓN: ¡Par Dios, que nos ha cogido!  
CLEANDRO: ¿Qué es esto?  
BRITÓN: No es nada, un nido  
de chinches en agujero,  
un San Roque, soy romero.  
ALBERTO: Yo a su mastín me acomodo.  
LEONELA: Y yo vengo a hacer de todo  
mi figura en el retablo,  
que en casa en que vive el diablo  
anda a lo del diablo todo.  
CLEANDRO: ¿Qué hacéis de esa suerte?  
BRITÓN: Al son  
que nos hacen nuestros amos,  
también los mozos bailamos.  
CLEANDRO: ¿Vio el mundo tal perdición?  
Ya ni hay seso ni hay razón  
que darne la muerte impida.  
¡Ay casa! ¡Ay honra perdida!  
¡Ay hija torpe y liviana!  
Si fray Domingo no os sana,  
yo me quitaré la vida.

*Vase*

LELIO: No he tenido para hablalle  
cara ni lengua.

MARGARITA:                   Eso puede  
la razón que al vicio excede,  
y le enfrena porque calle.  
No sé como he de miralle  
al rostro desde hoy.

LELIO:                         Repasa  
la violencia que me abrasa,  
a pesar de mi valor,  
y obligaráte mi amor  
a dejar por mí tu casa.  
    Tu padre es determinado  
y está indignado contigo,  
sólo la muerte es castigo  
del padre o marido honrado;  
pues si a fray Domingo ha dado  
de estas liviandades cuenta,  
¿cómo sufrirás la afrenta  
con que es fuerza te dé en cara?  
Huye, que su mal repara  
quien ha pecado y se ausenta.  
    En Nápoles viviremos,  
que es Babilonia del mundo.  
Huye el ímpetu segundo  
de tu padre.

MARGARITA:                   ¿En qué de extremos  
los que pecamos caemos!

BRITÓN:     Leonela, yo me despido;  
    títeres habemos sido  
    en tu confuso retablo.

ALBERTO:     Si el viejo vuelve, algún diablo  
    le aguarde.

BRITÓN:                   Algún descosido.

LEONELA:     Éntrense acá, que les quiero  
    decir a los dos un poco.

BRITÓN:     ¿Que me traiga ésta hecho un loco!

ALBERTO:     ¿Y yo no ando al retortero?

BRITÓN:     Ahora bien: compañero,  
    alcancemos dos bocados  
    amigos y conformados.

ALBERTO:     ¿Y si de palos nos dan?

BRITÓN: Gradüado de galán  
quedarás.

ALBERTO: ¡Fuego en los grados!

*Vanse BRITÓN, ALBERTO y LEONELA*

LELIO: ¿Qué determinas?

MARGARITA: Forzoso  
lo que dices ha de ser;  
morir quiero y no me ver  
ante el rostro riguroso  
de mi padre.

LELIO: Venturoso  
fin has dado a mi amor hoy;  
pues esperándote estoy,  
¿qué aguardas?

MARGARITA: ¡Ay amor loco!  
Déjame aquí sola un poco.

LELIO: Date prisa.

MARGARITA: Tras ti voy.

*Vase LELIO*

MARGARITA: Virgen divina, si mi vida exenta  
de mi casa me saca en que habéis sido  
huésped a mía un año que he cogido  
rosas de aquel jardín que el bien aumenta;  
ya que me parto por huír mi afrenta,  
puesto que cuenta no me hayáis pedido,  
tornadla, no digáis que me despido  
haciendo sin la huésped a la cuenta.

Cuentas os debo de hoy, que no he rezado;  
pero, Señora, aún no es pasado el día,  
mas no queréis que os pague en este trance.

Mal viene la oración con el pecado;  
huír es lo mejor, Virgen María,  
mas temo vuestro alcance no me alcance.

*Va a ir y se cae*

¡Jesús, mil veces! ¡Caí!  
El chapín se me torció,  
en fe de que también yo  
con él la virtud torcí.

Mal suceso ha de tener  
amor que empieza en azar,  
si es agüero el tropezar,  
cielos, ¿qué será el caer?

¡Ay, si mi dicha quisiera  
que, cayendo de un chapín,  
pues es corcho, vano al fin,  
de mi vanidad cayera,

y por excusar la afrenta  
que de huir conseguiré,  
se quedara mi honra en pie  
y yo cayera en la cuenta!

Ahora bien, Lelio perdone,  
y su amoroso interés,  
pues adivinan los pies  
el lazo que amor les pone.

Y a la virtud reducida,  
pues que libre me levanto,  
sirva de freno al espanto,  
si temo la recaída.

Mas ¿con qué vergüenza puedo  
aguardar la reprensión  
de quien con tanta razón  
me amenaza si aquí quedo?

Todo el gusto lo atropella;  
si aquí a mi padre esperara,  
jamás alzara la cara,  
pues me ha de dar siempre en ella

con el honor que le quita  
mi liviandad. ¡Ay, Amor!  
¿Qué haré? Quedarme es mejor.  
¡Viva la honra!

## *De dentro*

LELIO:                    ¡Ah, Margarita!

                              ¿Así cumples tu promesa?

MARGARITA:    ¡Ay, cielos! Lelio me llama,

                              Valerio a voces me infama,  
                              mi vicio el vulgo confiesa;

                              Fray Domingo de Mendoza,  
                              si aguardo su reprensión,  
                              ha de ser mi confusión,  
                              mi inclinación libre y moza.

                              Puede infinito conmigo.

                              Mi padre ha vuelto en furor  
                              todo su pasado amor,  
                              y es bien tema su castigo.

                              Todo lo reparo huyendo;  
                              adiós casa, adiós vejez;  
                              honra, adiós. ¡Caí otra vez!  
                              ¿Qué aguardo? Mas ¿qué pretendo?

                              Si en la primera caída  
                              Pablo su remedio funda,  
                              cayendo yo la segunda,  
                              ¿qué espero en tal recaída?

                              Pero en tan confuso abismo  
                              por menos difícil hallo  
                              caer Pablo del caballo  
                              que el pecador de sí mismo.

                              Aunque no le imito yo  
                              por ser más frágil mi ser,  
                              que, en fin, Pablo, con caer,  
                              de su presunción cayó.

                              Ea, sospecha ligera,  
                              de vuestro padre el furor  
                              huíd, pues os guía Amor  
                              y Lelio amándome espera.

                              ¡Jesús, caí! ¿Dónde voy?  
                              Mas ¡ay, torpeza perdida,  
                              si va de tres la vencida,  
                              vencida y en tierra estoy!

No me puedo levantar,  
¡ah intenciones desbocadas!  
Dios os da de sofrenadas  
¿y el freno queréis quebrar?  
Póngaos su castigo miedo.

*Sale un mancebo muy galán, que es el  
ÁNGEL de la guarda, y levanta a MARGARITA*

ÁNGEL: Si su justicia os espanta,  
mi Margarita, levanta.

MARGARITA: Gallardo joven, no puedo.  
Tullida estoy y con duda  
de volver en mí jamás.

ÁNGEL: Por tí sola no podrás  
si la gracia no te ayuda.

MARGARITA: ¿Y podré con ella?

ÁNGEL: Sí.

MARGARITA: ¿Pues quién me la dará?

ÁNGEL: Llega,  
que Dios su gracia no niega  
al que hace lo que es en sí.

MARGARITA: Mejor fuera no caer;  
pues, aunque favor me ofreces,  
si he caído ya tres veces,  
¿cómo me podré tener?

ÁNGEL: Con la gracia de Dios santa.

MARGARITA: ¿Cómo he de volver en mí  
si tercera vez caí?

ÁNGEL: Quien no cae no se levanta.  
No hay natural tan robusto  
que pueda tenerse en pie.

MARGARITA: Bello mancebo, ya sé  
que siete veces cae el justo;  
mas no de caídas tales  
que pierda en cada caída  
la esperanza con la vida,  
pues las tuyas son veniales,  
mas las mías son de muerte.

ÁNGEL: El gigante que luchaba,  
de la tierra que tocaba  
se levantaba más fuerte.

Dame la mano, que así  
no volverás a caer.

MARGARITA: ¿Quién eres tú, que a encender  
mi pecho vienes aquí,

desde que tu mano toca  
las mías? Dichoso empleo,  
desde que tus ojos veo,  
desde que vierte tu boca,

no palabras, sino almíbar,  
desde que tus labios bellos  
contemplo y en tus cabellos  
arma lazos de oro Tíbar,

tan perdida estoy de amor,  
que en lugar de arrepentirme  
y a la enmienda reducirme  
que me predica el temor,

sea dicha o sea desgracia,  
a no tenerme tú, hiciera  
amor que otra vez cayera,  
por solo caerte en gracia.

¿Quiéresme decir, señor,  
quién eres?

ÁNGEL: Quien por quererte  
ha dado entrada la muerte.

Soy un fénix del Amor  
que, muerto por los desvelos  
con que mis méritos tratas,  
hoy a tus manos ingratas  
me rinden preso los celos.

MARGARITA: ¿Celos de mí? Juraré  
que no te he visto en mi vida.

ÁNGEL: ¡Ay, Margarita perdida!  
¿No me has visto? Pues yo sé  
hasta el menor pensamiento  
de tu amoroso cuidado,  
y trayéndome a tu lado  
en fe del amor que siento

y que le pagues aguarda,  
tanto te ha dado en celar,  
que me pudieras llamar  
al propio tu ángel de Guarda.

MARGARITA: En la celestial belleza  
con que a amarte me provoco,  
ángel eres, y aún es poco.  
Si celos te dan tristeza,  
piérdelos, mi bien, que ya  
Lelio es mi muerte y Valerlo  
mi tormento y vituperio.  
Sólo en mi pecho hallará  
entrada alegre y süave  
tu amor, que por dueño queda,  
y por que otro entrar no pueda,  
cierra y llévate la llave.

ÁNGEL: Si tal reciprocación  
halla en ti mi voluntad  
gozar quiero tu beldad  
y no perder la ocasión,  
en tu tálamo amoroso  
me hallarás, sígueme luego.

*Vase el ÁNGEL*

MARGARITA: En otro amor, otro fuego  
otro cuidado sabroso,  
diverso del que hasta aquí  
abrasar el alma siento.  
¡Ay süave encantamento!  
¿Qué es esto que siento en mí?  
¿Hay semejante hermosura?  
¿Hay gracia más pegajosa?  
¿Hay lengua más amorosa?  
¿Hay más donosa cordura  
que para niño tan cuerdo,  
tan grave y tan cortesano?  
No hay que hablar, aquí me gano,  
si por él desde hoy me pierdo;

aunque caí no me espanta  
pues me levantó el temor,  
que en los sucesos de amor  
quien no cae, no se levanta.

*Tire una cortina y esté el ÁNGEL acostado en una cama*

Aquí ha de ser el empleo  
de toda mi voluntad,  
aquí espera la beldad  
que adoro, mas ya le veo.

Y no entiendo lo que es esto,  
pues, en tan dichoso paso,  
siento que por él me abraso  
y el fuego es santo y honesto.

Tan diferente motivo  
me rinde la libertad  
que soy toda voluntad  
sin tener el sensitivo  
apetito entrada aquí.

Mi bien, mi luz, mi regalo,  
¡que a mereceros me igualo!

ÁNGEL: Margarita, advierte en mí  
y las ventajas verás  
que llevo a los que has querido  
y amantes tuyos han sido.  
Y si persuadida estás  
a ser mi querida esposa,  
no en tálamos de la tierra,  
donde amor no es paz, que es guerra,  
sino entre el jazmín y rosa  
del deleite que es eterno,  
nos hemos de desposar.

MARGARITA: Si vos me habéis de guiar,  
galán cuerdo, amante tierno,  
vamos donde vos gustéis,  
que ya sin vos todo es vano.

ÁNGEL: Dame de esposa la mano.

MARGARITA: En ella el alma tenéis.

ÁNGEL: Sígueme, pues, que encamina  
el cielo tus dichas todas.

MARGARITA: ¿Dónde vamos?

ÁNGEL: A unas bodas  
donde es Virgen la madrina,  
y su tálamo un rosal  
cuyas rosas acrecientas  
cuando rezas en sus cuentas.

*Sube desde la cama el ÁNGEL al cielo y lleva  
consigo a MARGARITA*

MARGARITA: ¡Ay, esposo celestial!  
Si a tal suerte, a dicha tanta  
llega a gozaros mi vida,  
diga mi feliz caída  
quien no cae no se levanta.

*Salen LISARDA, VALERIO y LELIO, desenvainadas las  
espadas, y ROSELIO*

LISARDA: Primo mio, esposo caro,  
si sois una sangre mesma,  
¿por qué queréis derramarla  
en mi daño y vuestra ofensa?  
Mis lágrimas pongan paz  
en esta civil pendencia,  
que espadas son de dos filos  
que mis ojos a hilos riegan.  
No haya más.

VALERIO: Falso cuñado,  
que al nombre las obras muestra,  
la muerte tengo de darte  
a la entrada de estas puertas,  
por donde en agravio mío  
entran mi enojo y tu afrenta.

LELIO: Habla menos y obra más.

ROSELIO:     ¡Que con vosotros no puedan  
mi autoridad ni mis canas!  
Soltad las armas inquietas.

*Sale LEONELA*

LEONELA:     ¡Milagro, milagro extraño!  
Hagan tocar en iglesias,  
en monasterios y ermitas  
las campanas vocingleras;  
entrad, veréis maravillas.

VALERIO:     ¿Qué confusiones son éstas?

LEONELA:     Entrad, veréis el milagro  
de mi casa.

ROSELIO:             ¿Qué voceas?

LELIO:         ¿No sabremos lo que es esto?

*Salen CLEANDRO, ALBERTO y BRITÓN*

CLEANDRO:    Las armas, Valerio suelta,  
que cuando el cielo hace paces  
no es bien que riña la tierra.  
El acero, Lelio, envaina,  
porque no es ocasión ésta  
de aceros duros y helados,  
sino de pechos de cera.  
Margarita que, vencida  
de la ocasión hechicera,  
mujer en el nombre frágil,  
pero gigante en las fuerzas,  
irse a Nápoles con Lelio  
quiso, y dejar a Florencia,  
según el Guzmán Domingo  
me ha dado dichosa cuenta,  
amparándola el rosario  
y el ángel Pastor que enseña,  
cuando van descarríadas,  
el camino a sus ovejas,

cuando se iba desbocada,  
tiró las airadas riendas.  
dando con sus vanidades  
y amor tres veces en tierra.  
Y cuando desesperada  
imitar a Caín ordena,  
en traje de su galán,  
que es el que más le contenta,  
se le aparece y levanta  
y a un jardín bello la lleva  
donde, transformando en rosas,  
está la Virgen sus cuentas,  
suelos los cabellos de oro  
que, como las almas suelta,  
que en ellos tuvo cautivos  
y no quiere que más prenda,  
los saca libres al aire  
de una red de oro y de seda,  
desmayada del amor  
divino, en la cama se echa,  
que mullen las mismas rosas,  
sin que haya espinas en ellas,  
y con la esposa diciendo  
cuando con Dios se requiebra,  
"Cercadme, Señor, de flores,  
rosas del rosario vengán,  
y sirvan de manzanillas  
por fruto dulce sus cuentas."  
En el sueño con que el justo  
quiere su esposo que duerma,  
quedó a la cosa del siglo,  
pero para Dios despierta.

VALERIO: Si esto es así, cesen, Lelio,  
vuestros enojos, pues cesa  
la causa. Dadme esos brazos.

LELIO: Y con ellos paz perpetua.

ROSELIO: ¡Gran mudanza!

CLEANDRO: Y gran ventura.

LISARDA: Ya se acabó mi tristeza,  
mi temor, mi llanto y celos.

CLEANDRO: Vida loca y muerte cuerda.

LEONELA: Señor de mi corazón,  
desde hoy ha de ser Leonela  
una santa Catalina.  
No más burlas, todo es veras.  
Mujer convertida soy,  
diez mil maravedís vengan,  
dote de gente traída.

*Descubren un jardín arriba con muchas rosas, y en  
él, echada, a MARGARITA, sueltos los cabellos, con un  
Cristo, como pintan a la Magdalena, los ojos en el  
cielo*

CLEANDRO: Para que cumplidos sean  
vuestros deseos, mirad  
el jardín que a Dios recrea,  
donde es rosa Margarita.

ROSELIO: Lágrimas, servid de lenguas  
para dar gracias a Dios.

LISARDA: Rosario, hazañas son vuestras;  
no en balde os quiero yo tanto.

ROSELIO: De vuestro hábito y librea  
tengo de ser, Orden santa.

CLEANDRO: Y yo, porque buen fin tenga  
mi vejez, dándoos los brazos,  
quiero que en la Orden misma,  
en hermandad religiosa,  
nuestra enemistad fenezca.

BRITÓN: Según eso motilones  
nos cabe ser.

ALBERTO: Como vengan  
las llaves del refectorio  
a mi cargo y la bodega.

BRITÓN: Yo escojo la portería,  
que en fin han de entrar en ella  
los regalos, que alcabala  
pagan al que está a su puerta.

LEONELA: Yo también escojo ser

desde ahora hospitalera.

BRITÓN: Por comerte los bizcochos  
y andar catando conservas.

LELIO: Ya, Lisarda de mi vida,  
no tengo de hacerte ofensas,  
sino adorarte y tenerte  
por espejo de Florencia.

LISARDA: Para que esté todo en paz,  
y Valerio estado tenga,  
con Matilde se despose,  
tu hermana.

LELIO: Como él lo quiera,  
en ello ganaré mucho.

VALERIO: Si mi padre da licencia,  
el sí la doy con el alma.

ROSELIO: Para largos años sea.

CLEANDRO: No desespere el caído  
que, aunque más pecados tenga,  
quien no cae no se levanta.  
Margarita ejemplo sea.

**FIN DE LA COMEDIA**

**Free**editorial 